ANTE EL JUEZ

POR

MIGUEL ALBERTO ROMAN

(NOVELA SOCIOLOGICA DOMINICANA)

KOHA 30298

BNPHU
RO RU
RD 963.42
R758a

Biblioteca Nacional
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EXLIBRIS

F. Henríquez y Carvajal
COLECCION

BNPHU

Para
el distingui-
do y prestante
hombre público:
Don Federico García
Godoy hijo, Hon. Secretario
de Estado del Tesoro.
Con mis respetos y
afectos santiague-
ros, Miguel [illegible]
Oct. 2-8/1940

RD863.42
R758a
c.3

MIGUEL ALBERTO ROMAN

ANTE EL JUEZ

NOVELA SOCIOLOGICA

IMPRENTA 'FEMINA'
CIUDAD TRUJILLO
REPUBLICA DOMINICANA
1940

OBSEQUIO Lic. José E. García Aybar 10/5/82

019871

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADA:

RENOVACION DOMINICANA

EN PREPARACION:

GENTE DE PORTAL
(Novela Política)

AMERICA SINTETICA
(Juicios)

BNPHU
BIBLIOTECA NACIONAL PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

LECTOR:

En este nuevo libro mío: ANTE EL JUEZ, palpita y ama, canta y llora el alma nacional. Es una novela sociológica, cuya técnica es la de un reportaje periodístico-literario, después de haber observado en los comunes acontecimientos del vivir dominicano, algunos ambientes y problemas sociales de nuestro medio, los que hacen el fondo de la misma obra.

He creído haber logrado con este nuevo aporte que hago a las letras nacionales, lo que el insigne poeta y escritor dominicano, Don Rafael A. Deligne, (1863-1902), le pedía en su enjundiosa crítica al celebrado autor de «COSAS AÑEJAS»: Don César Nicolás Penson, cuando le decía: «el señor Penson debe poner más fantasía en sus cosas, y hemos de quedar en que también debe poner matiz más nacional en el fondo de sus narraciones, así revestirán ellas ese carácter esencial patriótico a que hice referencia en otra parte de mi estudio. Pintar entre la topografía de los lugares y entre destellos del medio ambiente y de los medios circunstantes de un tipo, una costumbre, una especie sociológica, un género social, es el grande empeño; y hacer que en la pequeña parte de humanidad pintada quede consagrada en todas sus partes la humanidad: pintar toda la sociedad de manera que se pueda por lo que fué sacar lo que ahora es, y que la pintura no corra hacia un mundo ideal, sino que se deslice y reviva en el mundo de las realidades»....

¡Lee mi obra lector! y sentirás entonces que al revolver las páginas de este libro, hay para tí un vuelo de impresiones que irán hacia tu corazón para hacerte sentir un mundo de verdades.

EL AUTOR

INDICE

CAPITULO I

El Retorno ——— Pag. 9

CAPITULO II

Maternidad ——— „ 33

CAPITULO III

El Hijo ——— „ 45

CAPITULO IV

Vida y Lucha ——— „ 57

CAPITULO V

Desilusión y Tragedia ——— „ 81

CAPITULO VI

Coincidencia Fatal ——— „ 151

BIBLIOTECA NACIONAL PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA REPÚBLICA DOMINICANA

CAPITULO I
EL RETORNO

BIBLIOTECA NACIONAL PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA REPÚBLICA DOMINICANA

Sosua amanecía. Con su hermoso corolario azul de cielo y mar, y su verde—gris en las campiñas y montañas, aquella poblada y balnearia costa del Atlántico aparecía pintoresca y atrayente, desnuda de sombras bajo la luz profusa y suave del alba. Mientras sobre aquel ideal paraje, frente al litoral marino, pasaba una breve neblina coloreándose de sol. Del panorama fluía la atracción y la belleza del paisaje, el que tornaba a ser una acuarela viva, con movilidad en los líquidos cristales azules de las olas, que al entrechocar sobre la parda arena de la playa, rompíanse derramando el blanco polvo de las espumas hacia el cielo magestuoso y claro de la América redimida.

Sosua vivía los días plácidos de la primavera, y fué en aquel amanecer, cuando Margarita Gomenoso decidió tristemente abandonar aquel bello lugar, tan preferente y propio para veranear y hacer excursiones de placer.

Había sido Sosua el sitio elegido por Felipe Gastón para su fuga de amor con Margarita Gomenoso. Pero ahora ella tenía que partir para su pueblo, después de haber vivido allí seis largos meses, cantarina y feliz, prendida siempre al brazo de su adorado amante.

Era dura para Margarita aquella decisión, pero tenía que hacerlo para evitar un comentario más sobre su vida. Su busto helénico, sobre las cimbradas y delgadas caderas de su cuerpo, se sostuvo por un momento, tocando su cabeza ensortijada el marco de la puerta abierta de su aposento. Jadeante, contraía en un gesto de amargura sus delgados labios hacia adentro de su boca, empedrada por los blancos y bellos marfiles de sus dientes. El traje que lucía para su partida, parecía haber copiado el color intenso del cielo. La blancura y belleza de su terso rostro de 20 años, se destacaban admirablemente. Mientras sus ojos, cavernosos por los insomnios, advertían la angustia porque pasaba aquella vida. Sostenía en sus finas manos un sombrero de pajilla y cinta blancas. Una honesta criada que había en la casa se acercó a ella para impedirla comprendiendo que ella iba a partir. Esta la prometió irse a donde ella quisiera, pero Margarita movió negativamente su rizada cabeza, y habló llorando.

—No! No puedo llevarte conmigo —decía—He vivido aquí solo una vida divertida y de apariencias. Felipe Gastón me trajo a este lugar prometiéndome vida feliz y eterna a su lado. Pero no ha sido así. Falso y fatuo, Felipe me ha olvidado entre risas y copas, amigos y mujeres. Hace ya más de un mes que se fué de aquí para Ciudad Trujillo, diciéndome que se encontraba complicado en problemas de su profesión de abogado, y no ha vuelto más. Además, ayer supe por una amiga que me trajo un periódico a leer, que Felipe tambien se ha casado con una mujer de alta posición social. Y ahora comprendo que él solo tiene talento para vivir y hacerse amar. !Yo tengo que irme!—terminó diciendo Margarita dolorosa y resueltamente, en una profunda aspiración que hizo dilatar su pecho, y hacer más prouunciadas las líneas sensuales de sus senos, dentro de su ceñido traje.—

El cuerpo de Margarita se enderezó de la postura que mantenía anteriormente, y en su esbeltez deslumbradora de gracia, era entre el arco de la puerta de su aposento, como una flecha presta a dispararse en su resolución, hacia el vacío de los caminos y de los corazones indiferentes. El destino era el misterioso arquero que lanzaba aquella vida, joven y preciosa, a ese vacío de las cosas que antes le parecieron llenas de verdad y de bien.

—Ud. debe esperar Margarita— decía muy enternecida la criada — Los hombres son así, pero tambien son buenos cuando tienen la facha de un caballero como Don Felipe.—

—Tu no puedes comprender a ese hombre— contestaba Margarita— La bondad que lleva Felipe en su corazón, camina apareada con la avaricia moral de su alma en el amor, que solo vive en su razón como una fuerza inteligente y vencedora. Es bueno para tí— continuaba diciendo— porque él fué contigo obsequioso, como es, en cosas objetivas. Mas, para mí, que quise lo abstracto y lo sublime de su vida, que es su amor, ha sido cruelmente ingrato. Mi ilusión de creerme amada por él, me hizo forjar el mismo sueño que me hacía amarlo locamente. Su presencia agradable y sus palabras siempre amables, insuflaron en mi pobre alma la esperanza en su amor y en sus promesas, sin dejarme un solo rastro visible de duda. Siendo entonces en la semana pasada, cuando pude comprender mi locura de amar y esperar a Felipe. Pués me envió una carta muy fria de despedida, que ahora comprendo mejor por haber leído la crónica de sus bodas en el periódico que me trajo aquella amiga ayer. Además, me envió el último dinero, diciéndome que se encontraba sometido a un plan de economías, y que no podía seguir haciéndolo más. Hoy, ya no

cuento con su protección, y no tengo recursos ni valor para seguir viviendo por más tiempo aquí. He agotado ya todo el dinero pagando los últimos alquileres vencidos del mobiliario, de la casa y de Ud.; y ahora desilusionada me toca solo marcharme. ¡Soy una infortunada mujer!

Así habló Margarita muy compungiva a su criada Sofía. Ahogando los sollozos que daban a su voz un tono de lamento. Algunos vecinos que llegaron en ese momento, se acercaban curiosos sin comprender aquella escena. Sofía triste explicó entonces el abandono que iba a producirse. Margarita con pasos convulsos se encaminó después discreta y resignada hacia la puerta de afuera, abriéndola nerviosamente. Quedó por un momento en un éxtasis contemplativo frente al jardín, mirando por última vez los rosales que dieron siempre tantas aromas a su habitación. Avanzó luego por una calzada que conducía a la puerta de salida de la verja, decorada por una enredadera de trinitaria que florecía eternamente; donde allí frente a ella, un chófer esperaba con su automóvil. Sofía la seguía con el equipaje. Margarita se puso su albo sombrero, y dejando caer sobre su rostro un velillo, entró en el carro diciendo adios a la criada testiga de su abandono y dolor.

—Adios!

El sol comenzaba a asomar su cabeza de oro y luz en el horizonte. El automóvil que conducía a Margarita había dejado ya aquel prodigioso paraje de Sosua, que era como un eterno ensueño de felicidad y belleza. Comenzaba ahora a discurrir velozmente en la carretera cercana a la costa. La placidez de aquel camino arrullado siempre por las frondas y el mar, hacían reproducir en la mente de ella aquellas horas alegres de su amor furtivo. Ahí, en esa misma playa que iba dejando atrás, había jugueteado dichosa junto con su amante Felipe Gastón. Allí había tomado con él, durante días enteros, baños de agua y sol, entre los grupos de bañistas. Las huellas de sus cuerpos quedaron muchas veces copiadas en la arena, y fueron otras tantas borradas por la brisa o el regreso de la ola, como los mismos sueños de su amor perdido.

Margarita no podía disipar los recuerdos de aquel pasado amado y torturante, y sintiéndose muy deprimida en su ánimo, hizo que el chófer bajara los cristales del carro cubierto, para apurar entonces la vida etérea de la brisa. Sus ojos se llenaron más intensamente de la azul melancolía del mar, el que seguía mirando siempre en el vértigo de la contemplación y la velocidad. Los paisajes se sucedían como quimeras de ramajes, luz

solar y agua marina, en aquella misma realidad del ambiente y el embrujo del trópico. A los lados de aquel camino que era muy accidentado, se miraban tambien ordenadas y ricas siembras agrícolas, donde el mismo brazo que taló y aró el campo, lo había sembrado después con la mano cargada de simientes para las cosechas. Se miraba por todas partes la obra del trabajo y la vida agreste. El ruido del automóvil producía sensación en los animales que pastaban cerca del camino. Las viviendas de los campesinos hablaban a el alma de Margarita de la sencillez y grandeza de aquella vida humilde y fecunda, porque todo cuanto había bajo aquel cielo emocionaba solazando el espíritu en las cosas del bien y la belleza.

En su vertiginosa carrera, el automóvil hizo un violento viraje para entrar luego a la ciudad de Puerto Plata, la virtuosa cabeza provinciana de aquel lugar, donde se encuentra la pintoresca y soláztica Sosua, balnearia y solariega, laboriosa y privilegiada por un ambiente de belleza tropical.

La rítmica vida urbana que vive la ciudad de Puerto Plata, produjo en el alma de Margarita una agradable impresión de admiración y gracia. Pero buscando ella siempre las

BIBLIOTECA NACIONAL SANTO DOMINGO

perspectivas del campo, asomó un instante su cabeza por una de las ventanillas del carro para ver la magestuosa montaña de Isabel de Torre, que sirve de centinela a esa ciudad porteña, cuna ilustre de Luperón. Sus ojos parecían desorbitarse en aquel deseo de abrazar en una sola mirada la magnitud de aquella mole. Luego pasaba por una de las principales calles de aquella ciudad, para seguir rumbo hacia Santiago de los Caballeros. Partía, entrando en esa nueva ruta con las pupilas abiertas y emocionadas, queriendo captar siempre los panoramas del camino.

Ahora mientras el sol avanzaba en su jornada luminosa hacia el meridiano, Margarita lo hacía en aquella carretera que parecía en su audaz ascensión por lomos, conyunturas y costados de la Cordillera Septentrional, como un vehemente anhelo de acercarse al cielo. Después de haber avanzado un largo rato; allá, más adelante cantaban las cascadas del caudoloso río Yásica, mientras arriba sobre su cauce, aparecía un puente de hormigón y hierro. El carro que conducía a Margarita pasó ruidoso, pero sin poder ahogar aquella dulce trova del agua. La carretera comenzaba a bordear abismos, y pasaba como una serpentina carnavalesca por entre las cabezas de los picachos y sobre los hombros que formaba

aquel camino para su apoyo en las montañas, y el que luego al cruzar la fresca Cumbre, enfiestada por trinos y rumores de frondas, desciende desatándose hasta la Hoya del Yaque, donde vive y ama, canta y llora la humanidad adulta, adolescente y niña del hóspito pueblo de Santiago de los Caballeros.

Así, aquella pintoresca carretera que asciende y desciende en espirales muy irregulares, iba ya a tocar a su fin, habiendo Margarita copiado en su retina el souvenir de todos sus paisajes. Ahora sacaba de su maletín de mano, de piel blanca, un pequeño espejo para mirarse. Luego se coloreaba ligeramente los labios y las pálidas mejillas; se arregló un poco su pelo desordenado por la brisa, y como si fuera a posar ante las miradas de los extraños, tomaba en el asiento del carro un gesto de atrayente donaire para entrar a la ciudad arrullada por las aguas cantarinas del Yaque.

Suavemente el automóvil desfilaba ahora por sobre las calles macadanizadas y esfaltadas de Santiago. El tráfico era intenso. El alma nacional parecía encontrarse allí dispersa, hecha girones de oro en la emoción y la vida. Margarita quiso aquí almorzar. Frente al gran Hotel Mercedes, suntuoso y

musical, hizo un alto el automóvil. Pero Margarita entró a un modesto Restaurant que quedaba en la acera opuesta. Allí en silencio comió ligeramente, como una convaleciente del colapso moral que había sufrido. Las campanas y sirenas de la ciudad anunciaban las doce del día. El sol era fuerte y luminoso. En las calles los movimientos de la gente, carros y coches se veían más precipitados buscando en esa animación momentánea la alegría del hogar y el descanso de la siesta. Mas, Margarita quiso partir a esa hora, pués quería llegar sin descanso alguno a su pueblo natal.

Minutos después, el automóvil que viajaba con el dolor y la preciosa carga de Margarita, bajaba por una avenida para tomar un camino—carretero al suroeste de la ciudad de Santiago de los Caballeros. Durante un breve pasaje, muy cerca de allí, pudo ver ella el intrépido serpenteo de las aguas sonoras del Yaque. Mientras ruidoso y veloz, luego se perdía el carro por un camino cuajado de árboles. Las rojas amapolas florecían allá en el fondo gláuco de un bosque. El cielo estaba jaspeado por nubes blancas, las que se hacían traslúcidas al pasar bajo los rayos luminosos del sol. Caía entonces una tenue sombra sobre el camino y la polícroma cam-

piña en gestación de cosechas. Y tras una hora de marcha, aquella jornada iba a terminar, cuando el automóvil descendía por última vez, después de haber deslizado por entre muchos cerros habitados i cubiertos de hermosa vegetación. Pero momentos antes de terminarse aquel descenso, para llegar a un llano, aparecía un pueblo. Era Baitoa, lugar donde había nacido Margarita Gomenoso, y donde había vivido hasta que la sustrajo de allí Felipe Gastón, en un arrebato pasional.

Entre las estribaciones de la gran Cordillera Central, se miraba en su tranquilidad solariega el pueblo de Baitoa. Las campanas de su Iglesia tocaban las 2 de la tarde. Aquel tañir de los bronces hizo recordar a Margarita la última vez que había asistido a la Iglesia de su pueblo, y su fuga de amor desde allí mismo, en una plácida noche de luna y verbena. Ella sentía ahora una impresión de lo grato con mezcla de un sentimiento triste al entrar de nuevo a la paz de aquella vida. Los ojos avizores de sus moradores comenzaron a reconocer a Margarita, aún cuando ella trataba de ocultarse en un rincón del automóvil. A su paso por las calles de su pueblo, comenzaba el revuelo de la noticia de su llegada. Ella quería esquivar las miradas curiosas y los saludos llenos de asombro mor-

tificante; y entonces ordenó al chófer que doblara por la primera esquina. Siendo después de otras instrucciones que Margarita volvía a hablar, pero esta vez con un grito: ¡Aquí! El carro quedó parado violentamente. Luego ella se desmontaba tímidamente y muy triste, y se dirijía a una casa que había bajo la sombra de unos pinos. Allí tocó en una puerta, y después asomaba en ella una cara de mujer de edad madura. Era su madre, y sus ojos al ver a Margarita se cerraron con angustia y alegría, y cuando volvieron abrirse aparecían cuajados de lágrimas. En un estrecho abrazo permanecieron las dos un largo instante; y aquellos corazones que habían permanecido ignorados en sus sentimientos, durante seis largos meses, ahora comenzaban a enternecerse conmovidos por aquel regreso. Después juntas atravesaron la sala, entrelazadas por los brazos. Necesitaban hablar íntimamente. Se sentaron ambas en un aposento sobre una cama de viejo estilo; y allí el dolor y el arrepentimiento de una hija infortunada, hablaron a el alma magnánima de la madre.

—¡Perdóname madre mía! Dios mismo sabe que soy culpable de una falta! Pero he pecado con la inocencia que lo hace una niña que nada conocía del mundo ni de los hombres.

He sido abandonada por Felipe, y ahora quiero encontrar aquí y en tu corazón el refugio y el perdón que necesito de tí para poder vivir tranquila. ¡Yo sé qué tu noble corazón nunca ha sabido de rencores!—

Así habló Margarita. Sus manos las mantenía tendidas sobre las piernas de su madre, y se crispaban nerviosas arrugando su vestido, después de haberse deslizado por el borde de aquella cama, y permanecer frente a ella de rodillas y llorando.

—¡Sí hija mía! — Contestaba la buena madre.— Mi alma herida por tu ausencia primero, y ahora conmovida por tu dolor te perdona y tambien se alegra resalcida en su pena al verte de nuevo aquí.

—No podía esperar de ti otra cosa que no fuera la piedad.— Dijo ella colmándola de besos en sus manos.- Tu sustituye a Dios en la tierra cuando nos falta en ella la conmiseración de los demás. He llegado aquí cuando todo me faltaba, y cuando tu tal vez menos me esperabas. —

— Yo siempre tenía el presentimiento de que tu volvías. Tu habitación por eso la mantenía ordenada y cuidaba de ella para que

no te faltara allí nada. El mundo es demasiado ingrato y solitario, cuando no nos encontramos cerca de los seres que nos amen de veras. Ahí está tu habitación todavía hija mía!— Decía aquella madre señalando el aposento inmediato al que se encontraban.—

Después sus brazos se extendieron tan piadosos como sus sentimientos, y se colocaron debajo de los hombros de Margarita para levantarla del suelo, donde todavía permanecía arrodillada y llorosa. Se dirigieron luego a la habitación que había solitaria, y allí miró Margarita el esmero con que la había cuidado su madre. Su sencillo mobiliario de caoba, ropas y objetos, todo permanecía limpio y ordenado. Su mirada se escrutaba en cada cosa, como reconociendo todo lo que le había pertenecido. Por la ventana abierta de su alcoba entraba una brisa acariciadora, y al batir las blancas cortinas de su aposento parecían las alas de una paloma en vuelo. Margarita permaneció queda un momento, contemplando frente a su cama la imagen de un Crucifijo de material plástico que pendía de uno de los espaldares de su cama. Luego lo descolgó de allí, y aprisionándolo contra su pecho exclamó: !Tu tambien debes perdonarme! Sus ojos se iluminaron de la dulce ternura que había en su alma cré-

dula y cristiana, y de aquellos dos cielos oscuros de su rostro, caía un copioso rocío de lágrimas humedeciendo la reliquia que ella veneraba desde su infancia. Volvió a colocarla en su sitio, después de haberla besado; y acercándose de nuevo a su madre preguntaba, como arrancando de los dientes del olvido aquel recuerdo: ¿Y Papá?

—Todavía está indignado contigo, como la primera noche que te fuiste— contestó contemplándola con tristeza la madre. — Temo ahora que él quiera arrojarte de aquí, porque ha jurado no perdonar jamás tu falta.

—¿Y no ha preguntado por mí alguna vez?

—No. Ni siquiera ha entrado más a esta habitación tuya. Le ví noches enteras caminar por todas partes de la casa, pero sin entrar a ella nunca. Ha divagado después, como un espectro maldiciente. Le he oido, y he callado amargamente. No quería tampoco hablarle de tu ida, porque creí que podía despertarlo en coraje contra mi misma. Pero roguemos ahora a Dios, hija mía, por tu tranquilidad y la de este hogar.

Margarita hizo un silencio. Nada podía

decir. Comprendía su falta, y su cabeza entonces la reclinó triste, como resignada a los duros golpes del destino. Luego se dirigió cabizbaja hacia la ventana de su habitación, donde pensativa se puso a contemplar la tarde que moría; y allí la dejó la madre, sumida en su dolorosa quietud.

Ahora, Doña Marcela, que así se llamaba la madre de Margarita, se retiraba a su habitación. Su cuerpo era pequeño, y caminaba trabajosamente por la abundancia de grasa acumulada en sus ancas y en sus gruesas piernas. Entre su negra cabellera aparecían con abundancia las canas, como un nimbo de austeridad que pusiera en ella el tiempo. Su frente era amplia, como la bondad de su misma alma. Los ojos tranquilos y todavía hermosos de su cara ovalar, eran en ella como los últimos restos de su belleza facial. Sus labios, que siempre se cerraban con una sonrisa, ahora musitaban entreabiertos el dulce rezo de la oración. Y mientras adentro, en el viejo caserón de los Gomenoso había un recojimiento de quietud, afuera crujía a su paso el maderamen desajustado de una carreta de bueyes. Aquel legendario y lento vehículo pasaba pesadamente, arrancando ruidos ensordecedores al chocar el metal de sus ruedas en la empedrada calle. Se oía

la arenga del carretero, y al toque de la garrocha siguió el bramido de un buey, como un lamento en la vaga penumbra de la noche, estremeciendo el corazón de la montaña.

La hora anunciaba el momento de la cena. Doña Marcela tenía un amargo pensamiento, que más bien era el presentimiento de la llegada de Don Juan Gomenoso, el padre de Margarita, y su encuentro con ella en la casa. Instantes después sonó abrirse la puerta, y el fuerte golpeteo de los pasos del esperado se sintieron en el piso, sacudiendo de una ruda impresión aquellas dos criaturas que esperaban con la misma angustia. Don Juan entraba compresivo. Se quedó parado en medio de la sala, y desde allí llamó con énfasis de muy mal tono a Doña Marcela. Quería que ella le explicara la ocurrencia del regreso de aquella deshonrada hija, y reprocharla por haberla aceptado en la casa. Sus miradas se dirijían escrutadoras al interior de las habitaciones abiertas, como queriendo descubrir la presencia de Margarita. En su gesto adusto, mantenía fuertemente contraídas las mandíbulas. Sus ojos, rojos de indignación, arrojaban miradas a diestra y a siniestra. Doña Marcela al oir la llamada de Don Juan, quedó fría, pero después se puso de pié frente a su oratorio, dió pesadamente

una vuelta para encaminarse a la sala, y apareció allí muy asustada ante la inquisidora presencia del marido.

—Juan!— dijo ella presurosa.—Yo misma fuí que mandé a hacerte saber que Margarita había vuelto. Quería que esta sorpresa la recibieras fuera de aquí, para evitar una violencia tuya. Sin embargo, has venido muy mal humorado, y estoy helada por el miedo al verte así.—

Don Juan permanecía ceñudo. Su imperterrita figura era alta, de frente muy desnuda y surcada por arrugas. Su tez blanca rojiza. Sus ojos verdosos. Sobre su encanecido bigote caía su larga nariz aguileña, como un signo de interrogación. Sus delgados labios tenían un ligero abultamiento que denunciaba en su boca el coraje. La postura erecta de su cuerpo presentaba elegancia, más que por su vestuario que era modesto, por sus modales circunspectos.

—No! No puedo aceptar una deshonra más para este hogar —dijo. -Margarita debe irse inmediatamente para que siga conviviendo, bien lejos, su deshonor con Felipe. Y no entraréa esta casa más—hablaba como pro-

firiendo ahora un juramento— hasta cuando ella no haya salido de aquí.—

Margarita que estaba en su aposento temblaba de dolor y miedo. Mientras Doña Marcela mirando que él se disponía a salir de la casa con pasos precipitados, le llamó suplicándole calma, y que la oyera en una breve explicación.—

—Habla! —gruñó, dando media vuelta para encararse con Marcela nuevamente.—

Yo la he perdonado, y quiero que tu seas tambien magnánimo con ella.—

Ese perdón tuyo no debe alcanzar mi voluntad, ni puede enmendar su desgracia, la que debe afrontar ella sola.

—No puede hacerlo!—

—¿Por qué?—

—Porque ella no tiene ya adonde irse. Felipe la ha abandonado hace un mes, y ha vuelto aquí para protejerse entre nosotros. ¿Cómo mirarla ahora con indiferencia y forzarla a que vuelva a marcharse, siendo ella

nuestra única hija, la sangre y el honor que debemos recojer y amar?

—Ah!— exclamó Don Juan reflexivo y con algún asombro— ¿Felipe ha abandonado ya a Margarita?

—Sí, y se casó tambien con otra mujer.—

Ahora la cólera de Don Juan tornaba a ser contra Felipe. Comprendía que su hija se encontraba indefensa para luchar sola, y que podía estar como él herida en sus sentimientos. Pensaba, y pareciendo conformarse ante la desgracia de la hija, ordenó a Marcela que se la trajera para verla. Ella oía desde el escondite de su aposento, aquella resolución de su padre que ponía un poco de tranquilidad en su alma. Se repuso de su crisis de miedo, y después junto a su madre aparecía entre la suave envoltura de una blanca bata de raso. Caminaba con humildad, con la cabeza baja y su negra cabellera suelta hacia adelante, cayendo sobre su frente y sus hombros. Al llegar ante su padre, sus rodillas se desdoblaron hacia el suelo, teniendo ella allí una explosión de sollozos. Sus brazos se asieron fuertemente a las piernas de su padre. Este permanecía sereno. Mientras callada, pero hondamente conmovida en

su silencio, esperaba Doña Marcela el perdón paternal. Pero Margarita comenzó a hablar con voz nerviosa y suplicante.

—Tu, padre mío—decía —no puedes negarme el amparo! Mi vida y mi dolor tienen que encontrar albergue bajo este techo. Tengo que ser consolada y protegida por tí. Yo te juro enmendar mi conducta. !Perdóname, y quiéreme cómo antes!—

Don Juan guardaba todavía silencio. Solo puso como con un deje de compasión una mano sobre la cabeza de su desventurada hija; y nadie supo lo que pensó aquel padre herido. Doña Marcela se acercó entonces a ellos para levantar del suelo a Margarita, y los tres tambien guardaron silencio. El silencio amargo de las almas resignadas al dolor!

CAPITULO II
MATERNIDAD

El tiempo discurría con muchas y discretas inquietudes para Margarita Gomenoso. Con frecuencia su hogar era visitado por las personas más íntimas de sus padres y de ella, para saludarla y hablar, a veces con insistente curiosidad, sobre su inesperado regreso. Sin embargo, cada día parecía ella más retraída en su habitación, de la cual salía más amenudo cuando sabía que su padre se encontraba en el campo, ocupado en dirijir personalmente los trabajos de su Hacienda.

Una tarde en que los fulgores del sol envolvían en una claridad policromal la Villa de Baitoa, Margarita salió al patio para buscarle disipación a su tristeza. Bajo la sombra de un almendro encontró asiento, y allí llevó entre sus manos una madeja de hilo y una agujeta prendida a un tejido que había comenzado a hacer. Ella tejía siempre cuando estaba sola, y mientras lo hacía se disipaba mucho, como si con aquella agujeta tambien tejiera nuevos sueños para su alma.

Siempre triste y pensativa, Margarita buscaba el aislamiento, y cuando muchas veces llegaba una visita a su casa que quería verla, cuando se lo decía su madre se excusaba con ella misma, diciendo que se sentía indispuesta, y en ocasiones muy obligadas, recibía sus amigas más íntimas acostada.

Ahora allí, en aquel lugar apartado del patio, permanecía ella tejiendo con su cabeza reclinada, la que levantaba algunas veces cuando recordaba algo de su infancia inocente y alegre que había jugueteado en ese mismo retiro solariego, o para observar el paso o el vuelo de alguna ave doméstica. Y entre el ramaje de aquel almendro que le brindaba sombra y paz a su ser, la brisa pasaba queda, como la mística hada del bosque.

Andrea, una vieja compañera de escuela, y amiga desde la infancia de Margarita, la había prometido una vez volver muy pronto a su casa a verla; y fué allí en aquella tranquilidad del patio donde ella la sorprendiera. Pués había encontrado por el descuidado portal abierto la oportunidad para entrar. Mas, cuando Margarita levantó su cabeza para mirar a su amiga, denunciada por sus pasos, tuvo una confusión de cosas y pensamientos.

Aquella inesperada visita de Andrea, a-

fectaba profundamente el ánimo de Margarita, la que pálida y nerviosa, miraba que se acercaba su amiga; y súbitamente, como queriéndo ocultar algo entre sus manos se puso de pié, pero anonadada dejaba caer al suelo lo que tejía, mientras Andrea avanzaba hacia ella. Quiso decirla que la esperara en la casa, pero ya ésta se encontraba demasiado cerca para poder impedir su llegada.

—Hola!— exclamó Andrea alegremente, saludando a Margarita.— Quería darte una agradable sorpresa—dijo.— Y ántes de terminar estas palabras la abrazaba, cariñosamente.

Margarita permanecía inmóvil. Solo con una débil sonrisa pudo contestar a su amiga aquel cariñoso saludo y efusivo abrazo, quedando indefensa en su intención de ocultar lo que quería. Sus brazos descansaban pesadamente hacia abajo. La brisa que flotaba era ahora más fuerte, y como si fuera indiscreta, embustió la larga y ancha bata que ella vestía debajo de su vientre de Eva pecadora, haciéndolo aparecer entonces abultadamente muy corvo hacia la delgadez de su breve talle.

Andrea comprendió aquella anormalidad operada en el cuerpo de Margarita, era ella una muchacha casadera y de visión muy inteligente. Ahora se daba cuenta que la situa-

ción de Margarita era todavía más difícil de lo que ella creía y murmuraba el pueblo. Su boca se abrió en un gesto de asombro, pero disimulando luego su impresión al verla con cara tan pálida y desencajada, habló entonces sonriente para reanimarla, y persuadirla sodre lo mismo que había acabado de comprender.

—¿Porque te dedicas a esta vida tan triste y solitaria, y no tienes la misma alegría y el entusiasmo que antes te hacía aparecer tan feliz dondequiera, en el hogar y en la calle?—

—Creo que así es que debo vivir ahora— contestaba con tristeza Margarita.— No siento ya en mi alma esos deseos. Estoy dedicada a esta vida tranquila, donde quisiera permanecer siempre, sin ser perturbada jamás.—

—No creas tampoco que he pretendido con mis palabras indicarte una vida que no armonice con tu situación actual. Solo yo he anhelado, ingenuamente,— afirmaba Andrea— volver a verte alegre y andariega.—

—Ya no puedo— repuso ella, lacónicamente, sentándose otra vez.—

Andrea que permanecía todavía parada,

luego se aproximó a ella, y se inclinaba para recojer del suelo el tejido que miraba caído cerca de sus piés. Pero Margarita comprendiendo su intención, se adelantó para recojerlo primero, apresurándose a guardarlo entre su seno.

—Bah! Tu quieres ocultarme lo que he visto, — decía Andrea con acre sonrisa. Yo sé que estaba tejiendo la gorrita de un niño, —afirmó después indiscreta.— ¿Será la de tu hijito con Felipe? ¿Verdad?.—

Margarita guardó un amargo silencio, más de indignación ahora que de tristeza, al verse descubierta en el secreto que solo conocían ella y su madre. Comprendía además, que Andrea la divulgaría, y que la gente se daría entonces cuenta de su retraimiento en la casa. La conozco! -parecía afirmar Margarita- en un pensamiento grave que puso entonces torvo y amenazador su semblante. Y no queriendo permanecer más allí, se levantó de su asiento, visiblemente perturbada y colérica, y anticipándose a la amiga que le visitaba, le expresó su deseo de irse para la casa a descansar.

—Lo siento Andrea — dijo — permíteme retirarme de aquí, y hablaré contigo en otra

oportunidad en que me encuentre más dispuesta y deseosa de confidenciarte mis cosas.—

Asintió Andrea meneando solo la cabeza. Pués comprendía que Margarita había sufrido con su visita y actitud una fuerte y disgustante impresión. Y esta vez se despidieron ambas muy fríamente.

Atardecía, cuando Margarita volvía a su habitación para sentirse de nuevo tranquila y sola. Tenía, sin embargo, desesperación y angustia en su interior, y deseaba en su dolor como huir de aquel lugar. Pués se había sentido como espiada por aquella amiga, que había acabado de visitarla inopinadamente. Permaneció pensativa un momento en la ventana, y después fué hasta la sala, donde leía su madre. Contó a ésta lo sucedido durante la visita de Andrea en el patio, y la conversación indiscreta de ella. Y al hablar de sus presentimientos y tristezas por aquel descubrimiento, recibió en cambio los consuelos de la buena madre.

—En cada dolor tuyo resígnate hija mía! —decía Doña Marcela, poniendo sobre sus piernas un libro y los espejuelos con que podía leerlo.— No podemos esperar muchas veces de quienes sepan nuestro dolor que lo

consuelen, y más bien lo pueden aumentar por la indiferencia, la incomprensión o el sarcasmo conque lo miren, tal vez aquellos mismos seres que nos sentimos querer. Tu pronto serás madre—continuaba diciendo aquella madre amantísima— y comprenderás entonces que hay dolores más grandes que los que tu sufres ahora, cuando sienta que tu vida, como la mía: ama y se lastima cuando ya palpita en otra.—

Aquellas tiernas y elocuentes palabras maternales, hicieron un efecto de reacción en el ánimó y pensamiento de Margarita, y sintiéndose ella muy alentada en su cuita, se marchó de nuevo a su habitación, después de haber besado en la frente a su madre.

Los demás días que se sucedieron a éste, pasaron bajo abundantes lluvias. Don Juan Gomenoso, tuvo entonces motivo para quedarse un largo tiempo en el campo, ocupado en las siembras de su Hacienda. Mientras Margarita disfrutaba de la paz que ella quería vivir, sin verse ante las miradas interrogadoras y adustas de su padre.

Sin embargo, aquella temporada de lluvias había pasado. Las montañas y los bosques cercanos al pueblo, se miraban entonces más vigorizados en su fertilidad. En el am-

biente se sentía todavía la humedad de la tierra. El viento traía en alas del misterio el murmullo, el frescor y la salud de la pródiga vegetación agreste. Había caído la tarde, y el cielo vestía crespones de sombras. Mientras aparecía allá, detrás de la enhiesta Cordillera Central la luz de la luna, como una sonrisa en la boca abismal de la noche.

Margarita se encontraba acostada en un albo lecho. Su madre. Doña Marcela, cuidaba de ella muy inquieta. La ventana y puerta exteriores de su habitación estaban cerradas para evitar el aire norteño, pero el viento seguía susurrando afuera como la queja de una viola errante entre las sombras de aquella noche. Adentro la luz amarillenta de una lámpara alumbraba el aposento. Mientras gente del vecindario hablaba quedamente en la sala de la casa. Había en aquel ambiente humano de cosas, algo de grande y de grave a la vez, para la familia Gomenoso. Pués, el Médico del pueblo llegaba seguido por una Enfermera. Su saludo de «Buenas Noches», fué pronunciado con brevedad en el umbral de la puerta de la calle. Doña Marcela se apresuró a contestarle y a recibirlo cortesmente, pasando luego con su venia los recien llegados por el interior de las habitaciones hasta llegar frente a la cama, don-

de se encontraba Margarita palpitante de dolor y miedo.

El Médico tomó asiento muy cerca de su cama. Mientras la Enfermera libremente sacaba de una maleta de mano un instrumental de hierro niquelado, que al fulgor de la luz brillaba sembrando más miedo en los angustiosos ojos de Margarita. El Cirujano, sin embargo, comprendió que no era tiempo todavía para actuar, cuando hubo terminado de examinarla, cuidadosamente. Pero Margarita se sentía desfallecida. Las inquietas miradas de sus ojos se tornaban a veces, como suplicantes hacia el Crucifijo que pendía del espaldar cabecero de su cama.

Era ya la media noche. Los agoreros pájaros nocturnos llenaban el espacio con monótonos cantos agudos y chirrientes. En la respiración de Margarita había mucha fatiga, y en su semblante una palidez verdosa de moribunda.

El Médico ya intervenía; y fué entonces cuando de su cuerpo exangüe, que parecía que iba a ser abandonado por la misma vida, surgió como un milagro otra: sana y vigorosa, la que había permanecido en gestación, escondida entre el misterio de las entrañas maternales.

Margarita había alumbrado un niño aquella noche. Pero tardaron algunas horas para ella recordar de un desmayo, que era como el descanso de un profundo sueño, y para poder ver el vástago ya a su lado entre las blancas vestiduras que ella misma había hecho. Mientras el hijo con un inocente lloro, parecía pedir instintivamente los hinchados senos de la madre, para su primer sustento.

El amanecer preludiaba su luz entre rumores de frondas y trinos de pájaros, y era todo como un saludo del nuevo día al recién llegado al brumoso borde de la vida!

CAPITULO III
EL HIJO

destino, ese soplo de misterio que empuja la vida hacia lo desconocido, y que es una fuerza creída y temida, en el bien y en el mal, por la imaginación del hombre, fué la única idea que hizo resignar a Don Juan Gomenoso ante el nuevo dolor de conocer el hijo bastardo de su infortunada hija Margarita.

La esperanza tambien, esa forjadora de ideales, que en las luchas y los infortunios de la vida crea optimismo y aporta sueños de felicidad al pensamiento, fué otra causa que ahora vinculaba en el cariño el alma de Don Juan, a la vida de aquella criatura de su nieto, que crecía sin la protección ni el conocimiento de su padre.

Una vez, en que ya el hijo de Margarita era un adolescente, Don Juan le hablaba a su nieto sobre sus deseos de que él terminara sus estudios ese mismo año, para llevárselo a su Hacienda, y hacer con él allí vida ejemplar de campo y de trabajo.

—Fernando— le decía el paternal abuelo en el momento en que se sentaban todos a comer a la mesa —quiero que vayas preparando tu ánimo, para que cuando termine tus estudios primarios, en este mismo año, me acompañe a hacer vida de campo en mi Hacienda «Mi Patria». Pués creo que has adquirido suficientes conocimientos prácticos en la escuela, y que éstos pueden ser muy útiles para impulsar mejor la prosperidad de nuestra hacienda, la de la familia y la tuya personal.

—¿Y qué puedo yo hacer allí— contestaba fríamente Fernando — si yo no sé nada de agricultura ni de ganadería?—

Todos parecieron haber sentido el mismo efecto. Doña Marcela y Margarita habían quedado absortas ante la idea acabada de expresar por Don Juan, de separar de sus estudios a Fernando para llevárselo al campo. Pués ellas consideraban que tan pronto él terminara sus estudios primarios, era forzoso de que se fuera a Santiago de los Caballeros, la cabecera de provincia, para hacerse un Bachiller, y tal vez más tarde un abogado como lo era su padre. Pero Don Juan no pensaba así, no por que él le tuviera aberración a las ciencias, si no que él se daba perfecta cuenta de que habían muchos bachilleres y hasta profesionales fracasados, porque es-

tudiaron sin vocación ni orientación, y otros que aún privilegiados por el talento, solo podían vivir mal, cuando la suerte no los protejía como al mismo padre de Fernando, Felipe Gastón, quien, apesar de ser un reputado abogado, vivía bien por las rentas que le quedaron de sus padres, y los cargos públicos que desempeñaba muchas veces, más que por la misma profesión.

—Tu podrás conocer y hacer mucho allí Fernando —decía nuevamente Don Juan,— en el campo se aprende por intuición, y hoy una hacienda no es tampoco una cosa rutinaria, ni muy fácil de administrar.

—¿Pero qué capacidad puedo yo sumar a los conocimientos prácticos, y a los esfuerzos que tu consagras a la vida del campo?—

—Mucha! Porqué tu tienes la juventud! Y los esfuerzos que yo he consagrado para engrandecer mi Hacienda han sido ya suficientes, y sintiéndome muy viejo y cansado, me temo de poder sostenerla en su grado de prosperidad actual, como de seguir fomentándola más en su extensión todavía virgen, lo que me hace comprender que ella necesita ya de una capacidad administrativa que estudie mejor los nuevos problemas de la producción y su comercio.

—Pero eso solo puede ser obra de los hombres que conocen como se prepara y se siembra la tierra, y yo no sé hacerlo —declaró reaciamente Fernando.—

—El campo no es tan solo para aquellos que saben sembrarlo, si no tambien para las inteligencias que sepan explotar su riqueza y administrar su produccion, implantando los sistemas más técnicos para mejorar el fruto que produce y el ganado que se cría. ¡Y tú—continuaba diciendo Don Juan con tono enfático—eres joven y la única esperanza más digna para esa obra. Todo, por amor al porvenir, por la organizada riqueza futura de la familia, y hasta por patriotismo, dentro de los ideales civiles que caben en esa misma obra de positivo mejoramiento colectivo!

Fernando guardó silencio ante aquellas palabras de su abuelo, más bien por respeto a su opinión, que por convencimiento. Pero Margarita quiso hablar para razonarle a su padre sobre el mejor porvenir que podía dársele a su hijo.

—Papá, —decía ella —no puedo comprender porque pretendes llevarte a Fernando para la Hacienda, hablándole de un mejor futuro para él, la familia y hasta la sociedad. Creo que él debe de seguir estudiando para

hacerse Bachiller, y entonces dejarlo elegir tambien una carrera profesional. Pués Fernando tiene inteligencia, y puede hacer un mejor porvenir en el pueblo que en el campo.—

—No, hija mía. —Todavía tu eres una mujer demasiado ingenua, para poder comprender ciertas cosas de la vida, necesarias para la evolución social del hombre. —

—Mi razón no es tan ciega —contestaba Margarita— para no darme cuenta que debo impulsar los estudios de mi hijo hasta que se haga un Bachiller.

—Pués aún cuando Fernando adquiera un título de Bachiller, no podemos contar con que él sea el resultado de la esperanza que tu alienta, ya que nuestra instrucción es fríamente elemental, y no podemos precisar: si ella se orienta positivamente en el Arte, la Ciencia o la Profesión. ¿Y siendo así, cómo es nuestra instrucción: un algo que del todo no prepara las mentalidades tiernas, para que el desenvolvimiento racial, espiritual y social del hombre dominicano sea futuramente más cónsono con la necesidades del medio, lo que necesita mejor orientación, para qué entonces pretender salir del corazón fecundo de la montaña a buscar la realización vaga de una

promesa, lejos del lugar que demarca nuestra legal aspiración de ser?—

—Juan, no creo que tu has hablado bien —intervino Doña Marcela, —Fernando es una positiva esperanza en la escuela. Pués él tiene la inclinación al estudio, y la ventaja de su inteligencia. Ahora tu debes estimularlo en sus mismas aspiraciones, ayudándolo a salir de aquí, para que curse estudios más avanzados, y así se pueda definir mejor el hombre y la instrucción de acuerdo con su vocación.—

—Salir de aquí significa mucho para Fernando y para nosotros!—decía con alguna tristeza Don Juan— pero haré que siga estudiando para que se haga un profesional tal vez, lo que es contrario a la ley del medio en que ha nacido y ha vivido, por lo que ya no tendré las mismas esperanzas que tenía en él, de verlo el hombre del hogar modesto, de la hacienda próspera y de la sociedad regenerada por el trabajo. —

Margarita y Fernando que permanecían en silencio, ultimamente, se miraron y sonrieron por un largo momento al levantarse de la mesa, pués habían ellos conseguido aquella interesante decisión de Don Juan.

Ahora la esperanza de Margarita, en

los estudios de su hijo, tomaba la forma vertiginosa de un verdadero sueño. Ella encontraba en él, el motivo de todos sus afanes y aspiraciones. Aquel amor y su doloroso pasado con Felipe Gastón, se habían disipado mucho con esa alegría que vivía su alma, cuyo cariño hacia el hijo, sentía más grande que todo lo humano y que todo lo divino que pudiera caber en su corazón.

Después que pasaron las vacaciones escolares de aquel año, en que Fernando Gomenoso pasó con muy buena nota en los exámenes, habiendo obtenido un «Certificado de Suficiencia en los Estudios Primarios Superiores», Margarita, muy satisfecha y contenta, le preparaba una mañana muy temprano, su equipaje para mandarlo ya a Santiago de los Caballeros, para que allí continuara sus estudios, y se graduara de Bachiller.

Fernando aparecía en la puerta de su casa, ya listo para partir. Su cuerpo se destacaba allí en la plenitud del embrión juvenil. Era alto y vigoroso, como su abuelo. Su misma corpulencia parecía ofrecer esas ventajas para la lucha del campo, las que tal vez creía ver en él Don Juan. Sin embargo, todo el vigor de su ser iba a desafiar ahora el torbellino que ofrece en sus luchas aquella

ciudad fundada por Treinta Caballeros de la hidalga España conquistora. Bajo su estrecha frente se miraban sus tranquilos ojos, como dos pozuelos claros de inocencia y color, que las pasiones todavía no habían enturbiado. Su rostro tenía rasgos muy vagos de su padre. Vestía un traje gris. Era presuntuoso y tenía gestos de orgullo en sus ademanes. Pero el alma de Fernando, era algo que iba a desvelarse bajo la influencia de aquel medio. Llevaba el pensamiento desnudo y limpio de toda intención insana, y el corazón lleno de fé en el porvenir. Solo tenía dieciocho años, y a esa edad la separación de Fernando, significaba para Margarita un sacrificio, pero ella lo aceptaba, solo por ver engrandecido a su hijo.

Ahora ella, Margarita, la nueva madre cariñosa y optimista se acercó detrás de su hijo Fernando, y tendiéndole un brazo por su fornida espalda le decía:— recuerda, hijo mío, todo cuanto te he dicho. Espero que tu vida sea tan digna y ejemplar en Santiago, como ha sido aquí, para satisfacción y orgullo de los tuyos. Mis consejos no los olvides y que ellos te sirvan para orientar siempre tus acciones por el bien.—

—Todo lo haré como tu deseas, y como

yo mismo he pensado hacerlo. Allí mi vida será un constante esfuerzo por engrandecer y honrar nuestro nombre, y más aún, por el deber que tengo de hacerme de un buen porvenir como hombre — contestó aquel hijo, tendiéndole a su vez un brazo a su madre. Mientras ella le oyó muy complacida.

Y después de haber besado Margarita a su hijo en la frente, los demás familiares se reunieron en la puerta para despedir y ver partir a Fernando en un autobús.

Adios!

Adios!

Pero tras el amado hijo, prosiguió intrigado el pensamiento de Margarita. Pués ella sabía que Fernando tenía que estudiar y luchar tambien en un medio superior al que él conocía. Sin embargo, su noble anhelo de que Fernando continuara estudiando hasta hacerse un profesional, era por virtualidad la inclinación natural de sus sentimientos maternales, y la esperanza que le libraba, muchas veces, de esas inquietudes causadas por la ausencia del mismo hijo. Pero el temor de que lejos de su lado, Fernando pudiera desorientarse por esa influencia poderosamente inconsciente que ejercen los medios sobre las almas que no se han templado en ellos, era la

causa que devastaba interiormente en el alma de Margarita la vida de sus mismas esperanzas. Pero ella le había recomendado a Fernando que necesitaba de la soledad y de la abstinencia de los vicios para poder triunfar. Mas, tambien reconocía que, la soledad es muy amarga para quienes no tienen nada que darse espiritualmente en ella. ¿Tenía tal vez que buscar él las disipaciones en los placeres vulgares para no sentirse tan solo? ¿Y si lo hacía acaso por una noche, volvería a la siguiente a estudiar, sintiendo su alma libre de nuevas tentaciones? Margarita, no podía darse cuenta de ello. Pués Fernando solo seguía siendo para ella, el esbozo de una esperanza en sus sueños de grandeza!

CAPITULO IV
VIDA Y LUCHA

BNPHU

La ciudad de Santiago de los Caballeros, donde estudiaba ahora Fernando Gomenoso, despertaba una madrugada bajo el épico canto de los clarines y al toque de los marciales acordes de los tambores, que desde la Fortaleza «San Luis» evocaban las memorables hazañas de su vida heróica y tradicional.

Pero un momento después, se apagó aquel tañir emocionante de las notas épicas, y comenzaron entonces las salvas de un cañón que estremecía en cada detonación el mismo ámbito, envuelto todavía en las vagas sombras del amanecer.

Fernando, que dormía en su habitación de estudiante en el Hotel «Brisas del Yaque», despertó muy emocionado y confundido por la diana de los clarines y los tambores, seguida después de una breve pausa, por el bramido del cañón, lo que le pareció a él, en los días de paz que vivía aquel pueblo, como una declaración de guerra. Su imaginación

se sintió abrumada por pensamientos tétricos. Pero al sentir pasos en la calle, se paraba en el balcón del Hotel para enterarse con alguien de lo que sucedía, y vió entonces que avanzaban entre la incierta sombra de la madrugada dos figuras humanas. Eran dos bohemios trasnochadores, que hicieron luego un alto y levantando uno de ellos en una mano, una botella de «Cidra», exclamó jubilosamente: ¡ Vívan Imbert y Valerio! ¡Qué Vívan con la República! respondió el otro con no menos alegría, solicitándole al compañero aquella botella que alzó con gesto evocador de triunfo. Siendo entonces, cuando Fernando salió de su confusión. Pués recordaba él que aquellos nombres pronunciados por los dos transeúntes ébrios, eran los de los máximos héroes de aquella gloriosa jornada épica del «30 de Marzo», en que el patriotismo dominicano, fué más tenaz y fuerte que la ambición temeraria de los haitianos.

Así salía de su impresión Fernando, recordando tambien la invitación que le había hecho su Profesor de Historia para que asistiera por primera vez a los actos públicos, con que iba a conmemorarse el aniversario de aquella gloriosa etapa, de heroísmo legendario.

Después en la mañana, las campanas de

la Iglesia Mayor de «San Santiago», llamaban al pueblo para que asistiera al Te-deum de rigor que iba a celebrarse a la memoria de los héroes de la República.

En un cielo de zafir, el sol fulguraba como una gema en combustión, poniendo más brillantez en los mármoles simbólicos, en las tarjas conmemorativas y en los regios monumentos.

La gente comenzaba a entrar al templo. Altos dignatarios, representantes del Estado, del Clero y del Pueblo, asistían a la cita religiosa. Fernando tambien llegaba allí. Tenía los ojos emocionados. Su corazón palpitaba aceleradamente. Algo miraba y sentía él más impresionante que todo lo que había contemplado en su vida. Su imaginación se poblaba ahora de las narraciones históricas sobre los héroes y la batalla del «30 de Marzo». Crecía en el alma sensible de Fernando la admiración y la ansieded de ser patriota como aquellos que merecían las honras póstumas. Nunca se había sentido él más capaz de hacer algo en que no tuviera mezclado su espíritu de conservación personal. Aquel acto emulaba todos sus pensamientos, los que se sucedían como un centelleo de astros en la noche de su juventud inerte. Pués él quería haber vivido la época y el mismo sacrificio

de aquellos héroes esforzados por la libertad y la nacionalidad dominicanas.

Cirios votivos iluminaban todos los altares del templo. Mientras las imágenes parecían brindarle en sus beatíficas miradas la unción divina a los hijos inmortales de la Patria.

La ceremonia litúrgica había comenzado. Era suntuosa y edificante. Y en el momento en que manos sacerdotales levantaban el Cáliz Sagrado, los cuerpos de los concurrentes se arrodillaban, y sus cabezas se reclinaban reverentes al culto, en el que parecía que iba apurarse con la sangre simbólica del Cristo la de los mismos héroes bendecidos por la redención de la Patria. Mientras las campanas estremecían los corazones, en el momento de alzar, imponiéndole mas solemnidad al ritual religioso. Las mímicas levíticas terminaron de consagrar, y después de un rezo siguió un canto de coro, acompañado de música; y volvían a tocar alegremente las campanas, anunciando ya la salida del Te—deum.

La gruesa muchedumbre que salía ahora del templo, para asistir a otros actos públicos contempló entonces el desfile militar de un Batallón del Ejercito Nacional, el que maniobrando al mando sereno y fuerte de un alti-

vo Oficial de infantería, después a los acordes de clarines y tambores, seguido de un Paso-Doble, se perdía a lo largo de la calle entre las notas marciales, como una esfumación de tropa y música en holocausto al pasado heróico.

Fernando quedaba ahora profundamente abstraido, contemplando la ciudad hermoseada por banderas y escudos heráldicos. Su corazón todavía continuaba preso de emociones y su pensamiento cargado de sueños de grandeza. Después oía él desde el parque central, los discursos radiodifundidos que eran pronunciados en el Palacio Consistorial. Aquellas elocuentes piezas oratorias encendidas de entusiasmo y civismo, hacían forjar en el alma de Fernando las aspiraciones de hacer, alguna vez, algo tambien digno de merecer el reconocimiento y el homenaje públicos. Su vida, pensaba, sería consagrada a ese noble empeño de ser grande. Pues ardía en su joven corazón el ánfora del ideal; pero ahora, comprendía él que necesitaba luchar contra los ráfagas del medio, para mantener encendida siempre esa lumbre que lo guiaba.

Atardecía. Los clamores alegres y los vítores patrióticos del pueblo, a los héroes del «30 de Marzo», seguían llenando el espacio impregnado de música popular, y envuelto en el embrujo de luz y colores del crepúsculo.

Volvieron a oirse a esa hora las salvas del cañón, y los ecos lúgubres se perdían en las vaguedades del vacío, como el sueño de dominación extraña que pretendió mantener cautiva la ciudad heróica, que defendieron con coraje bélico Imbert y Valerio, en las lides libertarias de la República.

En la noche, bajo el drama sideral del plenilunio, la ciudad se iluminaba a veces, extraordinariamente, por la fosforescencia de los fuegos artificiales. Mientras Fernando escribía en una carta para su madre, las impresiones vividas y sentidas por él aquel día.

Grandes y muy nobles eran los ideales manifestados por el hijo, ausente y estudiante, a su madre. No obstaute, en el parrafo final de su carta le decía: «Mamá, pero apesar de seguir consagrando todos mis esfuerzos a ese objetivo de triunfar, hoy tengo que lamentar que, muchos libros de texto han sido cambiados, que el derecho de inscripción tiene que pagarse, y que los trajes de uniformes para la asistencia y deportes son rigurosos; por cuanto te ruego decirle a mi querido abuelo, me aumente la asignación para poder atender a esas necesidades. Besos y Recuerdos. Fernando».

Margarita, la madre amante, recibió

aquella carta, y esperó una noche en que Don Juan regresaba del campo para referirle en la hora de la cena, lo que deseaba Fernando.

—Mucho había durado —contestaba el abuelo— eso de nuevos cambios en los libros de texto escolares, demuestra evidentemente, lo que yo he dicho siempre, de que no existe una bien y definida orientación en nuestra enseñanza, causa.... —iba a terminar de hablar, pero Margarita, la hija, le interrumpió.

—No me explico papá, pero tu siempre parece que estás reñido con la instrucción de Fernando.—

—Pero no es tal vez por lo que tu piensas, de que pueda ser yo un retrógado. Nol Yo amo la instrucción, y admiro el talento. Pero veo que no hay un porvenir muy claro para Fernando en ella, por que éste ha dejado su ambiente natural, para ir a buscarlo muy lejos, por tener Uds. el estudio como una vanidad, y como el único medio para obtener grandeza y fortuna.

—Todo puede caber en las aspiraciones de un hombre —repuso Margarita.—

— Sí! Pero todavía en esta región, no ha nacido un hombre para las tareas intelectuales, si nó, para las agrícolas y comerciales, que nos pertenecen por ambiente y vocación.—

—¿Pero entonces no hay derecho a pretender, siquiera, a abrirse paso ante esa rutina, en una noble aspiración de ser y saber?

—Todo, hija mía,—decía Don Juan, tratando de convencer a Margarita,—pero se ha de aspirar a saber lo que se debe aprender. Pués, yo vivo aquí solo por que conocí y me casé con tu madre en este pueblo. Mas, solo hasta aquí he aspirado a llegar, y llegaré, porque me mantiene una razón social. ¿Puedo yo ahora dejar mi campo atrás, y buscar horizontes de bienestar en otro ambiente?

—Tus ideas, sinceramente, me aturden. Tu aspira a limitar, pero no debe ser así. El hombre tiene derecho a romper las ligaduras que lo aten a las ideas y a los medios hostiles, para poder entrar en una vida más elevada y civilizada.

—Sí, Fernando pudo hasta haberlo hecho así, pero rompiendo primero los de su medio. Pués él como no podía arar ni sembrar el campo; sin embargo, administrándolo hubiera hecho desarrollar su organización, el pro-

greso y el comercio de la misma agricultura, la que necesita tanto ahora de los impulsos y de las iniciativas particulares.

—Todo eso podrá hacerlo después Fernando, y con mayores ventajas que ahora, cuando se haga un Bachiller.—

—No! Por que ya él pertenecerá a otro sector de la evolución social. Mas, si hubiera elegido él, estudiar Agronomía y Pecuaria por los Cursos Prácticos que se hacen bajo las instrucciones del Departamento de Estado de Agricultura, y con la ayuda de las Granjas Agrícolas del mismo Superior Gobierno, para hacer de mi Hacienda «Mi Patria», un verdadero ritmo de las experiencias modernas, yo tuviera otra esperanza, la que yo había soñado, la de ver a Fernando entregado a las dignificadoras y lucrativas tareas del campo, y mi fé fuera hasta más firme en la conservación de tu mismo patrimonio.—

Margarita pudo haber quedado convencida sobre lo que tan razonadamente le había dicho Don Juan, pero por estar ello opuesto a los estudios que cursaba su hijo en la ciudad cabecera de provincia, ella hizo entonces un silencio, se paró de su asiento al terminarse la cena, sin discutir más aquello que la hacía sufrir grandes desesperanzas, i hasta dudar

del triunfo de Fernando. Doña Marcela, la cariñosa madre de Margarita, la contempló con tiernas miradas de compasión, desde su asiento frente a la mesa, donde todavía permanecía silenciosa. Mientras ella se alejaba muy pensativa hacia su habitación. Su alma ahora se volvía triste ante las oposiciones que sufría por querer hacer de su hijo un profesional. Pero a veces entre las sombras de sus complejidades, surjía nuevamente la luz optimista de su fé en Fernando.

Con el tiempo, sin embargo, volvieron a repetirse los pedidos del hijo, y apesar de que eran siempre atendidos por Don Juan, surgieron otras discusiones entre él y Margarita. Pero lejos Fernando de aquellos comentarios, su vida continuaba estudiosa y noblemente inspirada en ideales de triunfo y de ventura; pués siempre tenía él, el anhelo creciente de superarse asimismo, en cada acto y en cada momento.

Y así, año tras año estudiando, sin que menguara su consagración idealista, Fernando obtuvo al fín, el codiciado titulo de Bachiller, como un trofeo conquistado en el dórico y pantélico Parternón de la Diosa Minerva.

Ahora la noticia de su investidura se la

daba a Margarita, en la carta siguiente: «Mi Querida Madre: Desde hoy ostento el anhelado título de Bachiller, el que me ha llenado de lisonjera y profunda satisfacción, y más optimista me siento para seguir luchando aquí. Por lo que deseo quedarme en esta ciudad algunos meses más, para conseguir un empleo, y con esfuerzos propios levantarme al nivel de vida que aspiro con una profesión. Creo que como a mí, te hará muy feliz esta noticia. Mientras te ruega tus bendiciones. Fernando». Y ciertamente, en su vida se iba a imponer él, el sacrificio de luchar solo, considerándose respaldado por su título de Bachiller, y por esa fuerza de vehemente esperanza que alentaba toda su juventud. Ahora se lanzaba a la conquista de nuevos triunfos. Ya mi abuelo —se decía— a hecho demasiado por mí, y yo tengo que bastarme a mi mismo, con lo que he aprendido para hacerme un hombre de bien. Y con ese noble propósito, Fernando salió una mañana del Hotel, para buscar trabajo en una oficina de industria o comercial.

Dos semanas, día por día, y de oficina en oficina, habían pasado para Fernando llenas de su inquieto anhelo por conseguir un empleo.

Y una tarde en que la desesperación aguijoneaba su corazón, volvió a escribirle a

Margarita, diciéndole: «Madre mía: He mantenido templanza y hasta paciencia para entregarme a las diligencias de conseguir un trabajo, pero esto no me ha bastado; pués durante algunos días he salido con mi título de Bachiller a buscar un empleo, y no he podido lograr mi objetivo. Tengo promesas, sin embargo, de parte de un político local, que me presentó un amigo en la semana pasada, de conseguirme un empleo, y ahora espero entre dudas y esperanzas. Confíame a Dios, y te abraza en un supremo deseo de felicidad. Fernando».

Cuando Margarita recibió la carta de su hijo, tuvo un estremecimiento de dolor en su alma, y una inquietante duda en su pensamiento. Sintiéndose ella muy triste por la infructuosa lucha iniciada por su hijo, quiso llevarle a leer aquella carta a Doña Marcela, su madre, y se dirigió entonces al comedor, donde ésta se encontraba cosiendo.—

—Mamá,— le decía ella— la última carta que me escribió Fernando, me ha descorazonado mucho.—

—Qué le ha pasado?— preguntaba con interés Doña Marcela.—

—Algo que no es fatal.—

—¿Pero qué ha sido?—

—Que Fernando no ha podido conseguir todavía empleo alguno, para poder vivir como quiere él en Santiago, y desde allí continuar los estudios profesionales con esfuerzos propios, ya que papá ha sufrido algunas pérdidas como le había escrito, en las cosechas que había preparado en estos últimos dos años, con mayores esperanzas económicas.—

—La Providencia se encargará de velar por nuestro amado Fernando. Lo ayudaremos nosotras económicamente con algo todos los meses, y tranquilízate nuevamente, hija mía!—

Pero habiendo entrado a la casa Don Juan, en ese mismo momento en que hablaban Margarita y Doña Marcela, preguntó seguido él del objeto de aquella carta que tenía Margarita en las manos.

—Nada papá— hablaba ella disimulando su sorpresa y tristeza.—

—¿Fernando ha escrito después de haber dicho que iba a dedicarse a conseguir un empleo en la ciudad?—

—Sí! —

—¿Lo ha conseguido?—

No, — contestó ella fríamente, y luego agregó seguido— pero me dice él ahora que ya tiene la promesa de un prestigioso político que lo va a emplear, muy pronto en el Gobierno.—

— Eso me parece más un recurso de la desesperación que otra cosa —decía Don Juan —y ya muy difícil le será a él, por sincera que sea la promesa de ese político, conseguir lo que desea.—

—¿Pero por qué no ha de ser posible conseguirlo? Fernando cuenta hoy con la capacidad.—

—Sí, pero ahora le faltará la oportunidad para poderla ejercer.—

—Pués entonces en un empleo público!—

— Pero hoy, esa empleomanía gubernativa no la timonea el liderato como antes, si no la influencia inteligente de los más audaces, y a Fernando le faltan los vínculos personales, y la pericia política para poder triunfar.

—Sin embargo, en tal caso a ti te sobran relaciones para poderlas utilizar en beneficio de él, pués esa gente política que veo llegar al pueblo, te visita siempre.—

—Bah! —contestaba Don Juan, sentándose en una mecedora, —esa gente que tu llamas política, viene solo a promover en esta región Revistas Cívicas y Agrarias, que estimulan los entusiasmos del campesino para sembrar la tierra, por lo que regala siempre implementos y semillas agrícolas, porque su misión es esa: darnos instrucciones para mejorar y aumentar las cosechas, y además traernos la palabra didácticamente orientadora en la vida del trabajo, la paz y el bien. Habiendo sido esa la causa inspiradora que me hacía exigirle a Fernando que se fuera conmigo a mi Hacienda, para hacer vida digna de campo, implantando los nuevos sistemas técnicos agro—pecuarios, propagados sabiamente por el Superior Gobierno, los que no he podido yo seguir ventajosamente, a falta de una capacidad que cooperara conmigo, para que me hubiera evitado, como me viene sucediendo hace dos años, el que mis productos valen menos que el de los otros cosecheros por ser inferiores en calidad.—Y, pedirle empleo a esa gente, como si ésta lo promete también, constituye entonces hacer esa política que nos sirvió de rémora en el pasado.—

Cuando Don Juan terminó de decir esas palabras, le pidió una taza de café a Doña Marcela, y momentos después de habérselo tomado, se quedó dormido en aquella mecedora,

patriarcalmente. Mientras Margarita que dejó de oirle más, aumentaba hacia él su respeto, por el sueño profundo en que había quedado su padre. Se derijió después a la sala, y allí leyendo un Album de poesías criollas, quedaba ella en un dulce recojimiento de espiritualidad.

Sin embargo, Fernando tenía ya una gran esperanza. Don Diego Almonte, un alto empleado de uno de los principales Bancos de la ciudad, amigo y compañero de hotel de Fernando, le había conseguido una oportunidad para trabajar en un puesto que había quedado vacante en el mismo Banco; después de los días de lucha y desesperación, en que le había escrito aquella carta a su madre. Ahora su vida era tranquila, llena de optimismo en lo que hacía y esperaba en el porvenir.

Y sintiendo Fernando, que su corazón no podía contener solo toda la alegría que le había causado su éxito, le escribió entonces una nueva carta a Margarita. «Madre mía: Te escribo para llevar ahora a tu alma la dulce tranquilidad. He sido empleado en un Banco aquí, donde espero conseguir ascensos y hacer ahorros con mi sueldo. Estas esperanzas son también tuyas, y para todos. Besos y Recuerdos. Fernando».

Esa carta hizo muy alegre a Margarita. Para ella Fernando era ya en sus pensamientos, más que una esperanza idealizada, una realidad que llenaba de dicha toda su alma. Y él, sentía la satisfacción de serlo, pués su lucha, estaba siempre encaminada hacia el engrandecimiento y el bien.

Pero una mañana, Fernando fué llamado por el Gerente del Banco. Minutos después aparecía él en su despacho. Su alto cuerpo tuvo una ligera inclinación de respeto frente al Gerente. Mientras éste, un norteamericano arrogante, pero de maneras muy civilizadas, se quitaba de su boca una pipa para hablarle en un castellano algo taimado, pero preciso.

—Yo he querido ayudarlo joven. Me bastó la buena recomendación que me dió de Ud. un viejo empleado de experiencia de este mismo Banco, pero veo que en menos de un mes, he tenido que darle dos cargos aquí, y ninguno lo ha desempeñado con eficiencia.

—¿Nunca ha sido entonces satisfactorio mi trabajo? preguntaba Fernando con discreto dolor.—

—Never! (nunca) dijo en su idioma

inglés, disgustadamente el Gerente, y continuó— primero lo puse a Vd. en el Departamento de Contabilidad, y allí tuvo muchos errores por haber confundido algunas partidas y balances en nuestras cuentas, lo que trajo muy serias interrupciones en nuestros libros. ¿No aprendió Vd. contabilidad en la escuela?

—Esa es una profesión práctica que se aprende aquí en escuelas comerciales.—

--Oh! Esa es una profesión muy fácil y útil tambien, para la evolución económica y comercial de un pueblo. – ¿Ni aprendió Vd. Tanto por Ciento?—

—Eso sí, Señor! —

Ah! Boy! (muchacho)— exclamó.— ¿Por qué no sabe Vd. entonces calcular bien el valor intrínseco de las monedas extranjeras, su aumento o baja, para derivar con respecto a la del país, las primas o el interés, qué deben pagar en el cambio?

—Yo conozco el valor de nuestra moneda nacional, con relación a la del peso americano, y además la importancia de muchas monedas antiguas— contestó un algo turbado Fernando.—

—Comprendo! —decía el Gerente — ¿Vd. cómo he observado, estudiaba entonces para coleccionista?—

—No! Yo soy un Bachiller en Ciencias y Letras, y estudiaré para hacerme un Abogado más tarde— dijo Fernando con coraje, al sentirse como burlado.—

—Pués boy!— volvía a repetir el Gerente con más ironía, pero más sereno que él— ¿Por qué Vd. sabiendo la ciencia de las letras, comete tambien tantas faltas de construcción gramatical, en el último cargo qué le he dado en el Departamento de Correspondencia? ¿No estudió Vd. Gramática y Taquigrafía?—

—¡Sí Señor, los mejores textos!—contestó con tono muy enfático Fernando—

—Debe Vd. buscar entonces empleo en una Academia. Pués me doy cuenta que Vd. sólo sabe teorías que en los servicios públicos en nada se pueden aplicar, ventajosamente, ya que Vd. conoce números, y no sabe hacer un estado financiero; ha estudiado los mejores autores en gramática y taquigrafía, y no sabe construir bien una carta, por lo que comprendo que, Ud. hasta ahora, no ha aprendido nada, práticamente, para su mismo bene-

ficio personal en las necesidades de vida propia, ni en provecho de las instituciones de su país, para el desenvolvimiento técnico de su misma evolución.—

¿Quiere Vd. decirme entonces que no puedo seguir trabajando aquí?— preguntaba Fernando, visiblemente triste.—

—Oh! Claro que no!—contestó afirmativamente el Gerente.—

Aquella ruda despedida, llenaba de dolor y vergüenza el alma de Fernando. Su cabeza se inclinaba ahora hacia el piso pensativa y abatida por el fracaso. Mientras el Gerente del Banco, le entregaba una órden de pago, para que cobrara en el despacho del Cajero, los días que él había trabajado.

—Muchas gracias, y adios! –dijo Fernando al recibir la órden.—

—¡Good by Butterfly! —¡(Adios mariposa)! —respondió el Gerente, volviendo a hablar por última vez, con acridad fría, pero llena del sentido profundo de las ideas sajonas.—

Fernando que ya se retiraba; de la oficina del Gerente, comprendió aquel sarcasmo

dirijido a él en inglés, pués conocía nociones de ese mismo idioma aprendidas en la escuela, lo que fué un estocazo más para su corazón vencido por la decepción. Se detuvo un momento entonces, y volviendo su cara hacia atrás miró iracundo y de soslayo al Gerente, pero los soles candentes, de los ojos de Fernando, no pudieron derretir la nieve de indiferencia que encontraron en la mirada del yanqui. Mas, siguió caminando, y ya iba lejos, y demasiado triste!

CAPITULO V
DESILUSION Y TRAGEDIA

BIBLIOTECA NACIONAL
DEL PERU

noche había llegado cargada de sombras y lluvias. La cúpula del cielo aparecía llena de gríseos nubarrones, los que vertían profusamente el agua, sobre la legendaria y romántica ciudad de Santiago de los Caballeros. Su población solariega se acurrucaba de frío en los hogares, y la gente que buscaba alegría y fiesta, se iba en los vehículos a los teatros y restaurantes para animar la noche, que era húmeda en el ambiente, pero cálida en las emociones.

Los automóviles se miraban en las calles como cocuyos mecánicos, que al proyectar la fosferencia eléctrica de sus ojos, entre las nocturnas sombras, hacían aparecer claras y luminosas las gotas de agua de la lluvia. Los coches, galeras de hípicos galeotes, dejaban en una que otra puerta algún amante, o seguían con los noctámbulos pasajeros hacia los barrios, en busca de orgías. Mas, en uno de ellos, iba «joya abajo» Fernando Gomenoso. La cortina trasera del coche, se había

levantado con el viento, y dejó ver su cabeza que lucía un sombrero de fieltro con ala baja, el cual le cubría casi toda la nuca. Iba con su pena a solas. En el cielo no se miraba ni un solo astro, como en su alma no bullía ninguna alegría. Ahora buscaba él, un lugar de bullicio y de fiesta para disipar la tristeza que le había causado la despedida de su empleo. Ahora llegaba a un Cabaret de la ciudad, que se encontraba muy cerca a las márgenes del rumoroso río Yaque. Desde allí se oían sus cascadas, las que traían, como el corazón de Fernando, una avenida turbia y precipitadamente inconsciente, con toda la fuerza salvaje de la montaña devastada por el torrente.

Pero cuando Fernando entró al Cabaret «Predios de Friné», dejó de oir aquel rumor del río, pués la música de emocionantes compases, al son de la cual bailaban muchas parejas ébrias de licor y alegría, se impuso para él, como algo supremo, lejos del mundo triste. Una lámpara de eléctricos destellos en colores, daba la emoción de un contraste divertido y atrayente. En la puerta del salón principal aparecía Fernando queriendo como ocultar su cara bajo el ala de su chambergo.

—¡Muy buenas noches!— dijo él, sonreido.

—Buenas son todas las noches aquí! respondía una mujer de alguna edad, que vestía lujosamente, y tenía su rostro disfrazado por el exceso de maquillaje, la cual se encontraba detrás de la puerta. —Pase Vd. pronto, adelante! —terminó protestando.—

Fernando quedó por un momento irresoluto. Quería, sólo ver y vivir allí algunos momentos de disipación, que era lo que le pedía su alma, embargada por la desilusión de su lucha, que había fracasado en los mismos umbrales del éxito y de su juventud soñadora. Se había detenido en la puerta para contemplar el salón en fiesta, y reflexionar sobre lo que pensaba hacer en aquel extraño lugar de vicio y placer. Pero cuando se decidía a entrar a un reservado que vió solitario a uno de los lados del salón iluminado, corrieron una, dos, tres jóvenes mujeres a encontrarlo, como si él hubiera sido un viejo camarada. Fernando cambió algunas palabras de cortesía con ellas, y luego atravesaban todos el salón, dirijiéndose a la habitación que él había visto vacía. Sonaron después algunas palmaditas femeninas, y apareció un sirviente.

—Cerveza! Cerveza! y Cigarrillos Hollywood! dijo Ilda, la blanca de los ojos castaños y ojeras lilas.—

—Un trago corto de Jorge II— habló la otra; Rosa, la trigueña de ojos negros, que al relampaguear sus miradas, hicieron fulguraciones de sensualidades en el corazón de Fernando.—

—Y una Mental —pidió la otra que era Consuelo.— Su voz se dejó oír como una queja, dulcemente queda, la que voló con alas de emotividad hasta los oídos de Fernando, quien la miró entonces con ojos enigmáticos y escrutadores.—

Todavía continuaba lloviendo sobre toda la ciudad, alegre en sus rincones populares. En los cortos receaos en que dejaba de oirse la Orquesta en el salón, afuera se oía la trova de la lluvia en los aleros, la que jugaba a risas de agua con la noche. Mientras adentro, en torno de aquella farra de hombres y mujeres, llovían las bebidas excitantes y las emociones sensuales, como una farsa jugando entonces a carcajadas con la vida.

Pedidos tras pedidos de nuevas bebidas, habían llegado a la mesa donde se encontraba Fernando, y sorbo tras sorbo la iba agotando aquella faráudula del Cabaret, ávida siempre de «pan y vino».

El ambiente ahora se animaba con mú-

sica típica. El Merengue «Siña Juanica», con su ritmo ardoroso y alegre, fué como un toque de clarín de la Orquesta, en la modernista manigua del Cabaret. La gente iba dejando los asientos y las mesas llenas de bebidas y cigarrillos humeantes, para aparearse luego tada en el salón, y bailar aquella música criolla de movidos y divertidos compases, bajo la luz multicolor del prostíbulo. Gritos. Dengues. Estilo refinado y movimientos acompasados, todo tenía el hechizo de la atracción y de la alegría. Y hasta Fernando que permanecía en su reservado, se sumía tambien en la embriagnez que causaba la música del Merengue; y al sentirse enamorado de Rosa, la que no había dejado de mirar entre el cortejo femenino que le hacía ella con sus compañeras, decidió elegirla para bailar aquella pieza típica de rítmos enloquecedores.

– Ven conmigo ahora al salón, para que bailemos —díjola Fernando, tendiéndole entonces su diestra, en su arrebato emocional.—

—Sí, como lo deseaba yo también,—contestó Rosa, alegremente, tomando la mano que le había tendido él.—

—Fernando después la envolvía entre sus brazos, y saliendo con ella al salón, comenzó

a bailar; mientras Ilda y Consuelo se retiraban del reservado, con un mohín de sarna en los labios, para buscar compañeros.

Bajo el embrujo del Merengue, las parejas se arremolinaban cadenciosas en el salón, se movían en círculos y de «empalizada» entre los flujos y reflujos de los aires musicales; cimbreaban en vaivenes divertidos todos los cuerpos, como penachos de palmeras mecidas por la magia del viento, y anhelantes por el ritmo se inclinaban hacia los hombros las cabezas, para dar más oido a la música emotiva del Merengue, y otras veces los cuerpos se separaban mucho, para llevar entonces el compás en la cintura y en los piés.

La alegría que sentía ahora el alma de Fernando, le hacía olvidar las penas con que había llegado allí. Y ella, mórbidamente sensual, le intrigaba más amorosamente en el baile. Pero como un sonámbulo, cada vez más dormido en su borrachera, iba quedando él atraído por los garfios del placer hacia los abismos de la vida.

Cuando se terminó aquella pieza, se oyeron en el salón aplausos, risas y rumores alegres, entre copas que chocaban las manos emocionadas de los tertulanios de Baco y de

Friné, Fernando y Rosa se acercaron un momento a la baranda de la Orquesta, y allí ella le pedía al Director otro Merengue.

—Uno ahora del Maestro Alberty.—

—Cuál?—preguntaba el Director, amablemente.—

—Ese, volvía a hablar Rosa, con vehemente deseo— que dice:

Merengue caliente,
Merengue liniero,
Bailarte yo quiero
Tu ritmo candente.
.....

La voz de Rosa se oyó entonces gorjear los ritmos y las letras del Merengue solicitado, llenando el salón y el corazón de Fernando del eco dulce de la música hechizadora.

—Oh! Sí, ya recuerdo, en la otra pieza la dejaré complacida —dijo el Director.—

Fernando y ella volvieron al reservado, pero lo encontraban ocupado, habiéndose ya servido bebidas un «Buscón». Más con gesto de dueño de la misma mesa que había dejado él, le invitaba a sentarse, cortesmente. Y, a

un golpecillo de codo y guiño de ojo de Rosa, Fernando lo tomó a broma y se sentó allí nuevamente. Volvió también Ilda después, pero sola. Llegaba recitando coplas criollas, y tambaleándose en la puerta del reservado por los efectos de las bebidas.

—Entra Ilda —la dijo Rosa.—

—Si hay tragos! —contestó ella.—

—Todo, mientras se encuentre Fernando conmigo aquí.—

Ilda después tomaba asiento, y mirando con ojos serenos a Fernando, le comenzó a hablar con una querella.

—Te veo ahora indiferente conmigo, y tienes con todo eso que pagarme esta noche, todas las que tu me debes, —pués tu me has dejado plantada muchas veces —dijo ella, apurando un nuevo sorbo de cerveza.—

—Nunca he podido ser yo!—decía un algo mortificado Fernando —pués ésta es la primera noche que he venido aquí.—

—Yo no me equivoco— afirmaba Ilda entre los vapores de su borrachera —Tu eres el hijo de un judío refugiado que yo conozco

muy bién, que vende mercerías, y que vive ya como un ave de rapiña entre el comercio criollo.

—No! Yo soy dominicano, y en nada se me debe confundir con esa raza maldecida, nómada y avara, que fataliza la prosperidad de los pueblos que pisa —dijo Fernando, subiéndole entonces a su blanco rostro un color sanguinolento por el coraje, y todo el calor de las bebidas ingeridas. —¿Y quién es Vd. además, para haberme aludido así?—

—!Una cualquiera! Flor de ilusión que se marchita en el bajo fondo de la vida!— Y cuando habló así Ilda, en la noche de sus ojeras brillaron sus ojos muy cansados, como dos estrellas remotas de fulgores tristes; mientras el hilillo de humo de un cigarrillo que ella fumaba, se perdía en el vacío, en un alargado espiral.—

Fernando, por un momento, se quedó contemplándola, pero sin pronunciar una palabra más. Después, sus miradas y la de Rosa se encontraron, y hubieron rictus de alegría y lujuria en los labios de ella, y en los ojos de él, un incendio de tentaciones.

Había cesado la lluvia. El aire era más fresco al despejarse el cielo de nubarrones,

y emergía allí del ambiente un discreto perfume de mujer, entre el maleante mareo y olor de borrasca. El «Buscón» permanecía silencioso, y libando vasos tras vasos de cerveza, parecía como petrificado en su ébrio mutismo, en el rincón que ocupaba, cerca de la mesa del reservado. Era un personaje de miradas lánguidas, que denunciaban al behodo arruinado, de gestos parsimoniosos y traje azul desteñido, el que mostraba sólo en su estilo una época mejor.

En el salón volvieron a oirse las notas típicas del Merengue. Y era aquella nueva pieza, dulzona, ardiente y delirante, la que había solicitado Rosa; siendo ahora ella la que invitaba a Fernando a bailar.

—¿Tu quieres bailar conmigo, otra vez?—

—¿Siempre contigo, por que tu como el Merengue, han encendido en mi alma los deseos del amor y del placer.—

Volvían al salón Rosa y Fernando. Sus almas juveniles se enloquecían nuevamente por los rítmos musicales; y mecidos como incouscientes por la magia del Merengue, llegaron hasta cerca de la puerta de entrada del Cabaret; donde todavía se encontraba

sentada, aquella mujer que había visto Fernando cuando llegó. Mas, esa mujer de terríbles ojos, de cara venática y muy pintada, miraba mucho a Rosa, durante bailaba con él, lo que al notarlo Fernando, le quiso preguntar a ella la causa de aquellas extrañas miradas, cuando terminaron de bailar, y volvieron al reservado.

—¿Quién es esa mujer qué permanece sentada en la puerta principal, y qué te miraba tanto cuando bailábamos?—

—Esa es «La Básiga» —contestó Rosa.—

Aquel nombre intrigó más la curiosidad de Fernando, por lo que volvía a preguntar.

—Y qué representa esa señora en esta casa?—

—Ella es —le decía ahora en voz baja Rosa —como el receptáculo de todos los secretos del Cabaret. Pués bajo sus órdenes nos sentimos nosotras, y nada se resuelve sin su venia. Además, —coutinuaba diciendo, con alguna tristeza —es muy tiránica en su trato.

—Desde que llegué aquí lo comprendí,

—¿Ha sido ella entonces cruel contigo, alguna vez? – preguntaba Fernando.

—Oh, sí! Desde que la conocí –dijo Rosa, dejando caer las negras pestañas de sus dulces ojos, donde ya se apagaban las alegrías.—

—Díme cómo te has hecho mal?—

—Cosas de la vida! —dijo ella queriendo esquivar tener que hablar más.—

—No quieras ocultar tu pasado, Rosa, aunque sea doloroso —interrumpía Ilda en la lucidez de su embriaguez —locura, amor o la inocencia misma, fué uno de los caminos por donde llegastes hasta aquí ¡no importa! has sentir tu dolor a quien lo quiera conocer, y te dá en una copa el placer para olvidarlo.—

—Eso es Rosa, háblame! Quiero saber tu secreto, aún cuando sepa que voy a sufrir por la tragedia que envuelve tu vida,—dijo Fernando interesandose más.—

–No creo que mi dolor conmueva a nadie—decía tristemente Rosa, —«La Básiga» que es la culpable, no ha tenido corazón para compadecerlo nunca!—

—¿Pero por qué ha sido ella la culpable?—

—Por que me arrancó del hogar venturoso de mis padres para traerme aquí. Yo vivía en un campo ignorado y lejano, y allí fué «La Básiga» del Cabaret, con su macabro instinto a buscarme.—

—¿Entonces sabías para qué se te trajo aquí a la ciudad?—

—No, —contestaba Rosa—ella me conoció en mi casa de familia, siendo yo todavía una niña. Allí fué a hospedarse una vez, llevada por la necesidad que dijo, de descansar en un viaje que hacía por los campos vecinos, y después volvió llevando a su propio marido, que es el cantinero, y como es muy joven, lo presentó como su hijo. Continuaron las visitas de él, después nos amamos, y cuando me trajo aquí, me hizo «La Basiga» amar a otro hombre. Y desde entonces he quedado a merced de su voluntad ¡sin hogar ni honra!—

Los ojos de Rosa, se vieron entonces llenos de lágrimas, las que quedaron sin derramarse suspendidas entre sus párpados abiertos. Mientras el corazón de Fernando, dejaba de sentir las sensaciones de alegría que había vivido allí; y sus labios que llegaron a abrirse por la impresión contrista que

le causó la revelación de ella, ahora se cerraban sin pronunciar una palabra más. Pero sus almas se habían encontrado en el discreto dolor que vivía cada uno en su tragedia. Todos permanecían ahora enmudecidos, y fué entonces cuando «El Buscón», parándose borracho de su asiento, rompía el silencio, para hablar luego entusiastamente, en interés de reanimar la orgía.

—Ja! Ja! El pasado es como un muerto ¡al hoyo! "La vida comienza mañana", dice en delirante optimismo Guido Daverona; aunque "para los que quieren engañar el tiempo", parece contestarle con elocuencia rotunda Tomás Hernadez Franco; pero como yo soy un bohemio con linaje de esteta, digo con la naturalidad del sentimiento, como dice el poeta Emilio A. Morel, en su trova de dulces rimas, que, "La vida es triste, pero siempre bella", y para alegrarla entonces en esta media noche, ¡señores¡ un «Sancocho»!

—Muy bien!—dijo Ilda parándose también ébria—yo ofresco mi casa, aunque destartalada, pero de vajillas limpias, como son mi alma y mi fé cristianas, las que aún no ha salpicado el lodo fétido de esta vida!—

—Y yo lo pago —habló Fernando tratando de alegrarse para olvidar los aguijona-

zos del dolor, pero quedándose sentado, y un algo aturdido por los efectos alcohólicos.—

—Y yo voy contigo —le dijo entonces Rosa, quien al pararse se puso al lado de Fernando, y le pasaba después sus sensuales manos por su entibiada frente.

«El Buscón», sirvió entonces las bebidas que quedaban en las botellas, y después de apurarlas todos con vehemencia, y haber pagado Fernando, ahora se dirijía éste por entre el salón del Cabaret, con Rosa tomada por un brazo, y seguido de los demás acompañantes. Pero cuando se acercaba a la puerta de salida, «La Básiga» del Cabaret, que todavía permanecía allí apostada, cruzó solamente miradas con Rosa, puso su ceño más duro, y entonces ella se detuvo por un momento, queriendo desprenderse de Fernando.

—¿Qué tu tienes, qué te miro ahora desdeñosa y hasta fría?—la interogaba Fernando. —

—Qué ya no puedo ir! Ella me lo prohibe, lo comprendí en sus ojos, donde siempre leemos nosotras sus determinaciones.—

—¿«La Básiga»? —

—Sí, quien recuerdo ahora que siempre ha dicho, que no hagamos ganar dinero a su Cabaret, cuando estamos fuera.—

—Pués dále dinero a ese diabólico monstruo humano de la sociedad! Quien te conquista, te vende y te presta a los hombres. Oh! mercadería vil! Maldita sea! —blasfemó Fernando, murmurando entre dientes, cuando sacaba de su cartera un billete para que Rosa se lo diera a «La Básiga».

Aquella mujer, prototipo de esa corrupción moral y social, aceptaba el dinero que le mandaba Fernando, sonriendo de perversidad. Y después de haber salido de allí, la faráudula del «Sancocho» se perdía entre una brumosa callejuela. Mientras la música de la eterna orgía nocturna, seguía en el Cabaret, como un tropel de cadenas del vicio, aprisionando las vidas en el deshonor y la bancarrota.....
....

Y cuando ya la aurora comenzaba a bruñir de oro y luz el horizonte, Fernando llegaba al Hotel, con su rostro transfigurado por aquella noche de vicio y placer. Las miradas de sus ojos eran oblicuas, y tenía los párpados pesados por el insomnio. Pero iba subiendo la escalera, serenamente. Ahora entraba a su cuarto, y abriendo allí una ventana, contempló por un momento las aguas del río Yaque, las que desbordadas sobre las

riberas, se miraban turbias y más precipitadas por las lluvias caidas en la noche, en las montañas, en los valles cercanos, y en la misma ciudad; y sintió entonces que en la vida del río, antes más sereno y claro, había un reflejo de la suya, la que ahora comenzaba a desbordarse por los cauces de la sociedad, llevando los guijarros del tormento a su conciencia, y el cieno del pecado a su corazón para abonar su propia vida en el desastre. Después se acostaba, y cuando cerraba los ojos vencidos por el sueño, exhaló un suspiro pronunciando luego el nombre de ella: Rosa Luciano, la mujer cabaretista con que había pasado aquella noche de vicio y de amor.

Pero apenas habían pasado dos horas, cuando Fernando despertaba al oir repetidos golpes en la puerta de su habitación. Era Don Diego Almonte, quien tocaba allí, aquel amigo que le había recomendado para el empleo del Banco, que perdió en la mañana anterior.

—¡Buenos días! —díjole Don Diego cariñosamente, cuando Fernando abrió la puerta, y aparecía en pijama para cerciorarse quien tocaba en ella.—

—¡Hola! contestaba él, aún con los ojos

somnolientos, y un poco perturbado por la inesperada visita de aquel amigo.—

—Creí que le había pasado algo a Vd., pués al no verle anoche como de costumbre, ello me preocupó tanto como la pérdida de su empleo ayer.—

—Agradezco mucho sus atenciones y cuidados, Don Diego, pase Vd. adelante.—

Ahora se sentaban uno frente al otro. La edad, el cabello encanecido, la amabilidad y confianza de Don Diego, le daban la apariencia del padre de Fernando, mientras éste, muy joven y pensativo, tenía la del hijo sumiso y cariñoso.

—No acierto todavía a comprender, como Vd. no pudo desempeñar bien los cargos que se le confiaron en el Banco, y me entristece además saber que, seguido Vd. salió de allí, el Gerente escribió una carta a Puerto Rico, mandando a buscar a un individuo para que ocupe la nueva vacante que Vd. dejara —dijo Don Diego, visiblemente apesadumbrado.—

—Vd. mismo sabe con los sacrificios que me hice Bachiller; y sin embargo, aunque doloroso sea decirlo, pero esa insuficiencia de

capacidad que me hizo inapto para poder desempeñar los cargos que se me dieron en el Banco, sólo es reflejo del sistema de nuestra enseñanza, lo que muy bien advertía mi abuelo antes de venir yo a estudiar aquí; y no extraño ahora el que se haya tenido que mandar a buscar un individuo a Puerto Rico, que será seguramente un Perito Mercantil, ya que el huésped vecino acaba de realizar con éxito un viaje de salud a esa misma antilla, por que nuestros médicos no pudieron diagnosticar ni curar, por ende, la enfermedad que tuvo sufriendo aquí más de tres largos meses.-

Cuando Fernando habló así, Don Diego pudo entonces reconocerle razón en lo que le había pasado y él decía, y viéndole muy triste volvió a hablarle con mejores razonamientos sobre el mismo tema.

—Comprendo, que haber estudiado sin obtener después la recompensa por el título adquirido, es muy duro—decía Don Diego—y eso de solicitar la capacidad extrangera, y de buscar la salud fuera de nuestro medio, lo primero me parece favoritismo, y lo segundo se justifica por la carencia de mayores conocimientos científicos, a falta de más consagración profesional, pués es común ver a un médico recetar por rutina sintomática y cu-

rar por tientos de fórmulas, inyecciones y patentizados. —

—Esa es precisamente toda la evidencia, Don Diego, —decía ahora Fernando— pués cuando yo pasé por el tamiz de prueba de mi capacidad, en el empleo del Banco, comprendí que mi título no llegaba a satisfacer mi necesidad ni la de los demás, en el órden institucional.—Y volviendo él a discutir los dos temas que había planteado con su amigo, dijo: —Por eso, el favoritismo a que Vd. se refiere, es entonces una consecuencia, y la falta muchas veces de técnica diagnostical de parte de muchos médicos, es la culminación de un verdadero mal en nuestro mundo científico.—

—Pero en el caso que yo he dicho, he querido señalar el favoritismo de un norteamericano a un súbdito lejano, donde se puede observar el interés tambien que se toma por protejer lo suyo, por creerlo siempre superior; mientras nosotros postergamos lo nuestro, y nos vemos obligados a aceptar lo ageno, por que contribuimos tambien a un receso en nuestra evolución racial, social y espiritual, cuando vemos por ejemplo: un buen maestro ambular por las calles, desocupado y paria, mientras un mal maestro, pedante y burócrata, permanece en el sagrado

apostolado del magisterio, educando generaciones que luego nada saben, como la tuya —aludió Don Diego, enérgicamente,— de lo que deben saber, para encauzar mejor con el progreso material de la República, la capacidad profesional, técnica y artística, que desde el hogar, la escuela y el taller, deben levantar en un paralelo de esfuerzos coeficientes la patria nueva.

A través de los claros cristales de sus espejuelos, montados en negra concha, los ojos de Don Diego se vieron iluminados de emoción cuando habló así, batiendo sus manos al aire, como en tono de protesta. Mientras Fernando que le oía con atención i respeto, volvía a hacer una nueva alusión, asintiendo.

—Y ciertamente, yo creo que, esa es la causa de que varias generaciones estudien, y hayan estudiado como la mía, sin poder luego aprovecharse de un éxito en la vida del trabajo o de una profesión. Todo, por que la máquina de nuestra instrucción, nos ha etiquetado con un título, a manera de un producto manufacturado por un cuerpo de profesores, que no han sabido laborarlo eficientemente—dijo Fernando, revelando en las gesticulaciones que hacía su rostro, la amarga desilusión que sufría, al decir esas palabras.—

—Por eso, dos orientaciones ha debido seguir nuestra instrucción —decía nuevamente Don Diego, tremolando otra vez sus manos, como dos banderas de sinceridad — pués ya que el hogar dominicano, no está enviando a la escuela la modalidad de un hombre, la escuela debe forjar al ciudadano apto, para que éste pueda desempeñarse mejor con su capacidad, en sus necesidades de vida, y hacer después el modesto hogar, honrar la sociedad y engrandecer la patria del presente y del porvenir.—

—¿Y cuáles son esas dos orientaciones?— le interrumpía Fernando, con visible interés.—

—Esas son las que se pueden encontrar con la doctrina de Eugenio María de Hostos, como racionalista y sociólogo, aquel ilustre portoriqueño, que vivió entre nosotros, y creó el centro altamente docente de la Escuela Normal para forjar, como hubieron muchos dominicanos, Bachilleres aptos y ciudadanos probos. Mas, si queremos encontrar otra doctrina de positiva orientación didáctica, la hallaremos, como en las rivalidades de dos montañas disputándose la altura, en los principios, aunque liberales, del no menos ilustre, y dominicano, Don Manuel de Js. de Peña y Reinoso, gran pensador y pedagogo.—

—Aunque del segundo educacionista, Peña y Reinoso, no tengo más que solamente vagas referencias, pero del primero, sin embargo, cuando yo era estudiante —decía Fernando— estudié su profundiosa obra Moral Social.—

—Yo condeno ahora a los dominicanos que, por olvido o ingratitud a Peña y Reynoso, no rieguen en el corazón de las nuevas generaciones, la sementera de sus ideas. Pero si has leido a Hostos ¿no has comprendido mejor lo que debías de ser en la sociedad en que vives?.—

—Sí, recuerdo!—decía Fernando, poniéndose una mano en la frente, y levantando la mirada hacia la ventana por donde entraba a torrente la luz del día, como queriendo disipar con esa misma luz, las sombras de ignorancia que aún estaban morando en su cerebro— y quisiera— volvía a decir él, haciendo un esfuerzo —recordar algo sobre las ideas hostianas, pero nada puedo decir ahora— terminó diciendo.—

—Eso se explica —dijo Don Diego.—

—¿Por qué?—

—Por que a un alumnado que no se le traducen bien las ideas de las cosas, ni se le

sepa orientar con un alto espíritu intuitivo y didáctico, no puede recordar jamás, ya que no pudo sentir lo que aprendió.—

Fernando se sintió entonces abrumado por aquel ataque de Don Diego. Pero queriendo encontrar en él, un consejo salvador para resolver su situación, le preguntó sobre lo que debía hacer.

—Ha sido Vd. hoy, Don Diego, más que un amigo, un mentor mío, i quisiera que me dijera ¿cual debe ser entonces mi orientación personal en el futuro?—

—Tu debes ahora leer mucho, pero las obras que han escrito los grandes escritores, para que puedas aprender de las luchas, de los sacrificios y de los ideales de la humanidad, la que hoy necesita de una mejor orientación, en el bien y la confraternidad, para marchar segura hacia la conquista de la civilización. Pués en la ideología de un autor, o de un hombre que él describa, puede haber para tí el mejor maestro. Por eso lee, para aumentar tu cultura, para estimular el acervo de tus ideas, y para despertar tu ambición, como el último y único acicate que nos sabe arrojar a la lucha por el triunfo. Mientras, para poder resolver tu situación inmediata, lo que es tu problema personal y social,

haz una carrera técnica, o busca a alguien que te consigas un cargo de Maestro de Escuela o de Inspector de Instrucción Pública, ya que eres un Bachiller—dijo Don Diego parándose de su asiento·—

— Yo he pensado muchas veces en eso— decía Fernando confidencialmente— pero debo confesarle, Don Diego, que sería yo un mal maestro, pués me sobra conciencia y hasta sinceridad para conocer por mi mismo que, no puedo yo encauzar inteligencias, ni vigilar la enseñanza, como Inspector de la misma, ya que en estos importantes servicios se funda el porvenir de un pueblo, y yo ahora mismo siendo un Bachiller, no puedo responder del mío! !Oh, verdad!—exclamó tristemente Fernando, en su grito de impotencia, y aspiró después de haber hecho un silencio, profundamente, como si le hubiera faltado tambien el aliento para vivir.—

—!No importa!—le decía ohora Don Diego— pués, como se viene estudiando actualmente, más que para saber, para obtener con un título las ventajas de una posición oficial, el tuyo debe servirte entonces de ariete para triunfar, con la ayuda de alguien, ya que aún hay quienes protejan, políticameute, a sus antiguos sectarios o amigos, en las persistentes y audaces acrobacías del politiqueo.—

Fernando se encojió entonces de hombros, sin rechazar aquella sugerencia de Don Diego, y asintiendo tan sólo con la cabeza, luego se paraba tambien de su asiento, y sonriendo de gratitud por los consejos de su amigo, ahora se despedían ambos con un apretón de manos. Y fué después de haber quedado Fernando solo, que él recordaba aquel personaje que Don Diego llamaba alguien, y que podía ayudarle, en las inquietudes y necesidades que él vivía; siendo aquella esperanza, la persona del General Don Teodoro Capellán, Gobernador de la Provincia, a quien había sido él presentado por el Director de su Escuela, en ocasión de encontrarse una noche visitando su casa de familia, adonde llegara éste a coordinar recomendaciones para hacer nombrar por la vía de aquel Director, a nuevos maestros, en una de esas oportunidades producidas por el laborantismo de las intrigas. Allí le había conocido Fernando, accidentalmente; y allí mismo le había prometido a él, la ayuda que en una carta le dijo a su madre.

Y en la tarde de fuego y colores estivales, de aquel mismo día, Fernando se dirijió al despacho del Gobernador Provincial, para solicitarle la ayuda de un empleo. Llegaba a la sala de espera de su oficina. Un Sirviente le preguntaba luego que deseaba. !Ver

al Señor Gobernador! Ruégole anunciarme, me llamo Fernando Gomenoso —le dijo.— Y minutos después, el mismo Sirviente le ordenaba pasar al despacho del Gobernador. Era éste un General que tenía anécdotas sangrientas en su vida de guerrillero, en el pasado reaccionariamente revolucionario de la República. Pero ya éste no lucía el típico traje de pantalón y chamarra azul, salpicado de sangre fratricida, ni tenía el colt homicida, colgado en la ancha correa de piel, sellada de cápsulas, ni el «sable gallito» terciado sobre el hombro, con sombrero de panamá y zapatos altos de campaña. Ahora vestía traje blanco de civil. El aspecto personal, tanto como el salón de audiencias de Su Excelencia, el Gobernador, presentaban una época de mayor esplendor y órden en la Administración Pública. Pero cuando aparecía Fernando frente a éste, el General Don Teodoro Capellán, en su rostro hubo una sonrisa, en la que mostrando una hilera de blancos y felinos dientes, advertían, como sus ojos inquietos y tenebrosamente negros, al hombre todavía montaraz y falsario del pasado.

—¡Muy buenas tardes General!—díjole Fernando, sonriendo tambien, pero con la inocencia del que cree en las promesas políticas de los que tienen vanidad de poder, sin concepto de justicia social.—

—Sientese joven —le contestaba con afectado cariño el veterano— ¿en que puedo servirle?— agregó el General Capellán.—

—En algo que es el reclamo de una promesa que Vd. me hiciera la noche que le conocí ¿recuerda Vd.? —dijo Fernando.—

—Sí, recuerdo! —contestaba el General, haciendo alarde de muy buena memoria, pero reconociendo en su golpe de vista, y por la forma en que se dirijía a él, aquel joven que permanecía aún de piés, que se trataba, seguramente, de uno de los tantos aspirantes a empleos públicos, a quien le había hecho alguna promesa—estoy dispuesto ayudarlo en lo que Vd. desee—terminó diciendo el General, hábilmente, ocultando con una sonrisa que aparecía en su boca, debajo de su negro bigote, la farsa que jugaba con Fernando.—

—Pués como soy un Bachiller —decía ahora confiadamente Fernando— deseo que Ud. me ayude a conseguir con el Superior Gobierno, un empleo de Maestro, Director o Inspetor de Escuela.—

—¡Oh, sí! ¡con mucho gusto! —volvía a hablar el General Capellán, fingiendo entonces una tos nerviosa para disimular la mueca de

mentira—déjeme su nombre y dirección, y oportunamente le avisaré para dejarlo complacido —

Y cuando Fernando oyó hablar así al Gobernador, él tuvo la esperauza, y sintió la emoción de los crédulos. Después escribía en un pedazo de papel lo que le había pedido el funcionario, para hacerlo nombrar en uno de los cargos que le solicitó; y luego se despidió de aquel General de oscuro rostro y precedentes, a quien le había testimoniado su gratitud y afectos por la amable acojida con que había recibido su persona y solicitud. Fernando salía optimista del despacho del Gobernador, pero habiendo llegado al umbral de la puerta de salida, volvióse para darle también la dirección de su pueblo natal adonde pensaba ir muy pronto a ver a sus familiares. Mas, cuando Fernando llegó de nuevo al salón de audiencias del Gobernador, donde había conversado con él, no lo encontró allí, pero levantando luego su cabeza por sobre una mampara, lo vió entonces hablando con su Secretario en la oficina principal. Y no queriendo interrumpir la conversación que sostenían, jefe y subalterno, sin embargo, Fernando pudo oir:

—El joven Gomenoso no conoce la «política del gabeo» de que Vd. siempre nos habla

con conocimientos prácticos y ajustados al medio y las circunstancias de cada momento —dijo el Secretario del Gobernador Capellán, habiendo detenido los dedos de sus manos sobre el teclado de la maquinilla en que estaba escribiendo, y quedando con los ojos absortos de admiración ante su Jefe, a quien le debía la posición que tenía.—

—Claro que no la conoce—contestaba después de una cínica carcajada el General Capellán—y ahora menos—continuó diciendo —cuando la opinión y la acción son dos cosas que difieren tanto de lo que deben de ser, en la nueva modalidad política.—

Y cuando habló así el General Capellán, su pecho se dilataba de orgullo, en su rostro aparecía entonces una sonrisa de satisfacción, y prendiendo un tabaco que había sacado de una de las faltriqueras de su saco, con fuerte impulsión lanzaba las bocanadas de humo al aire; mientras el Secretario volvía a hablar.

— Pero ayudará Vd. a ese jóven?—

—Por cierto, ni siquiera me recuerdo de él, sólo fué una audacía mía preguntarle y ofrecerle, y como no sé si sus parientes han sido o son valores tradicionales de coludos, bolos o coalicionistas, cuestión que hay que tomar

muy en cuenta en la «política del gabeo» para saber amarrar bien los «cabos» con los camaradas del pasado y los improvisados amigos del presente, he querido entonces tomarle solamente «el pelo» a ese joven.—

—Y si él vuelve General?—preguntaba el Secretario.—

—Le diré y le ofreceré lo mismo. Mas, para evitarle ese trabajo de volver, le dije que me dejara su nombre y su dirección, fórmula que usamos los políticos para hacer política platónica.—

Fernando pudo comprender entonces que todo y sólo de el se hablaba, que su esperanza quedaba trunca, que el alma insana de aquel Gobernador, jugaba a la gallinita ciega con las aspiraciones de la suya, y que no tenía que esperar nada de ese funcionario de entrañas corrompidas. Por un momento Fernando había quedado profundamente taciturno y pensativo. Después se oía el teclear de la maquinilla, lo que anunciaba que el Gobernador y el Secretario habían terminado de hablar, y entonces Fernando marchóse silencioso y cabizbajo hacia la calle, sin haber revelado su presencia ni su dolor ante el General Capellán, por que le faltó el coraje. Se detuvo en la primera esquina, y ca-

minando luego sin rumbo fijo, como un sonámbulo dormido en el erial de su dolor, por una ancha y larga vía se perdió entre los demás transeúntes. Después al final de la misma calle que caminaba, se encontraba solo en el lugar más desolado de la tierra: un cementerio. Entró luego a su Capilla. Estaba solitaria. Una imagen de la Virgen del Carmen se encontraba en un florecido Altar, iluminada por un blanco cirio que le hacia compañía. La sagrada imagen que aparecía derramando bendiciones sobre la escena dantesca de los condenados al infierno, parecía mirarle con los ojos llenos de santas ternuras, y entonces su alma, sensible y cristiana, sintió ante aquel cuadro al óleo un consuelo. Luego al salir de allí contempló un túmulo fúnebre, y su imaginación se pobló de verdades y misterios desgarradores. Mas, ambulando después por aquel recinto de sepulturas, más bien parecía como un muerto que había perdido su tumba, cuando bajo la pálida luz del crepúsculo, que quemaba las últimas mirras de sus fulgores sobre el campo santo, la silueta de Fernando se miraba inclinarse, a veces, para leer los epitafios. La noche le había sorprendido allí. El alma de Fernando tuvo entonces un entremecimiento de miedo, y cuando se apresuraba a salir, la luna desenvolviéndose de un tul de

A las nueve de la noche, Fernando dejaba un coche para visitar nuevamente el Cabaret « Predios de Friné», en el bajo fondo de la ciudad. Desde afuera se oían las risas y los gritos alegres mezclados con la música de la Orquesta cabaretista, y la de las aguas del rumoroso río Yaque, que allá en el regazo de su cauce, cantaba quedamente en la trova de sus cascadas. En la puerta del Cabaret encontraba Fernando a la patrona de aquel prostíbulo: «La Básiga». Pasó luego cerca de ella con hosca mirada de indiferencia, y cuando fijaba su atención a las parejas que bailaban en el salón principal, vió que Rosa bailaba con uno de sus camaradas más favoritos. Era éste un hombre de edad y pasiones seniles, quien gastaba siempre mucho dinero en el Cabaret por creerse amado por ella. Fernando sintió entonces un caprichoso celo, y pernoctó ceñudo en el reservado más inmediato, para disfrutar de la vida cascabelera del Cabaret. Y cuando un momento después aparecía en la puerta de su reservado un sirviente, él le pidió una botella de «Cidra». Permaneció allí solo y tomando un largo rato, pero cuando volvió la música a atraer las parejas al salón, se paró frente a la puerta de su reservado hasta hacerse visible de Rosa. Ella le guiñó entonces un ojo al verlo

SANTO DOMINGO, R. D. - BIBLIOTECA NACIONAL

y sonrió con él. Mas, Fernando permaneció inmutado y sereno. Después volvía a sentarse dentro de su reservado, y comenzaba a tomar un algo desengañado. Pero cuando ella terminó de bailar algunas piezas más, llegó hasta Fernando y dándole algunas palmaditas cariñosas en la cara, le hablaba entonces para animarlo, coqueteándole.

—No estés serio conmigo. Son gajes del negocio. El señor que acompaño—decía ella —sólo es para hacerlo gastar. «La Básiga» no me pierde de vista, cuando estoy haciendo estos papeles. He venido a decirte que me esperes en la terraza, donde podemos vernos más fácil.—

—Lo haré Rosa— contestaba Fernando con voz ahogada por su discreto coraje—pués sólo he venido a verte a tí aquí, para que tú alegres mi vida—dijo despues él, con los ojos enturbiados por los efectos violentos de los «tragos cortos», y por la tristeza que embargaba su alma.—

—Sí!—contestaba Rosa—todo mi tiempo entonces será para ti, después de la media noche, pués el viejo bonachón con que estoy bailando ahora, es un hombre casado y un

negras nubes, derramaba su alba luz sobre los sepulcros, como un beso de luminosa piedad venido desde el cielo hacia la tierra venerada donde reposan los muertos.

Y cuando ya Fernando se encontraba fuera del cementerio, pasaba entonces entre éste y la ciudad, un ferrocarril. Llegaba a la próxima Estación roncando y silbando su maquinaria, estentóreos gritos de dolor del viejo monstruo mecánico, aniquilado en su camino de hierro por las carreteras; y dejaba su chimenea tras su paso, una estela de negro humo, que se iba esfumando en el espacio, como una enseña de duelo por su prosperidad perdida. El ambiente, sin embargo, volvía a tener vida. La ciudad ya se encontraba iluminada. El tráfico en la noche había aumentado. Fernando caminaba ahora meditabundo, y ávido de amar y hacer un nuevo culto de verdad y de bien; pués se sentía él demasiado infortunado para seguir creyendo en el porvenir que había soñado. Su corazón ardía en llamaradas de indignación. Caminaba cavilando sobre la mentira que había conocido en la tarde de aquel día, con ropaje de promesa y cariño, de parte de un alto político del pueblo. Sentía el vacío en que quedan las almas sinceras, cuando la bondad y seriedad de los hombres públicos

se traduce en esa decepcionante realidad de lo falso. Las impresiones que había vivido el alma de de Fernando llenaban de dolor su vida joven y luchadora. Volvía ahora a mezclarse con la muchedumbre que caminaba en las calles. Pero luego cuando doblaba una esquina, cerca del parque central, oyó que pronunciaban después de un adios su nombre. Así despertaba entonces Fernando del amargo letargo que lo presentaba a la vida tan doliente. Miró después un carro, desde donde le habían dirijido aquel saludo, y tras el cristal trasero de la capota, vió la cara trigueña y sonriente de Rosa Luciano, quien había sido su compañera de fiesta la noche anterior. Mas, una de las manos de ella, se alzó hasta el mismo cristal para piruetearle tambien aquel adios cariñoso y conquistador. Pero cuando Fernando quiso contestarle a Rosa su saludo, el automóvil en que ella iba se ocultó delante de los que caminaban detrás en el tráfico. La imaginación de Fernando se llenó entonces de los recuerdos. .Su alma se sintió sosegada por la visión fugitiva de aquella mujer, en su mórbida pasión de ilusionado. Y habiendo desde ese momento tomado la resolución de visitar el Cabaret donde Rosa vivía, despues de haber cenado en el hotel, se dirijió al barrio en su busca.

padre muy respetado de familia, y él nunca pasa después de esa hora aquí.—

—Rosa! Rosa!—hablaba ahora desde afuera del reservado «La Básiga»—no puedes dejar de ninguna manera, al viejo plantado. Véte adonde él otra vez. El negocio es negocio—bramó, y golpeó ella finalmente la puerta del reservado.—

Rosa y Fernando se quedaron mirándose el uno al otro, pero sin decirse ninguno una sóla palabra. Luego Rosa obedecía y dejaba a Fernando solo en el reservado. Y confiando en el cariño que demostraba profesarle Rosa, se trasladaba luego con la bebida a un lugar apartado de la terraza. Pero era ahora para él más torturante aquel momento, mirando a Rosa junta aquel viejo acariciador. Sin embargo, llegó el momento que él deseaba. Rosa se sentaba ahora a su lado; y aunque sintiendo escrúpulo por ella, por el papel que había acabado de desempeñar en aquel antro humano de vicio, quiso olvidar y silenciar sus motivos de querella, pués comprendía que toda manifestación sentimental allí, era ridícula.

Y, en aquel prostíbulo, bajo las sacudidas de las emociones vividas junto a una mujer, aunque frívola y trivial, Fernando sentía como la atracción inconsciente de ella,

abismo al cual iba bajando a medida que los efectos de la bebida que tomaba, subían a su cerebro para arrastrarlo a su negro fondo. Rosa le acompañaba con simpatía. Su alma, aunque prostituida y sensual, sentía la fuerza natural de un cariño hacia Fernando. Pués muchas veces él tomaba en muy cortos intervalos, mientras élla cuidaba de que él no tomara mucho.

—Es que quiero olvidar—decía en una ocasión balbuceante Fernando—lo que he visto, lo que he oído, y lo que he sentido, todo tortura mi vida, deprimida por el fracaso.—

—¿Que te ha sucedido?—preguntaba élla sosteniendo entre una de sus manos la frente de Fernando, el que abatido había inclinado demasiado hacia la mesa su cabeza. —¿Estás borracho o deliras?—

—Un poco de todo, pero mi subconsciente queda todavía como un receptáculo hirviente de dolor—

—Entonces sufres?— volvía a interpelarle Rosa —Dime que soy tu amiga—y cuando élla habló así, las ternuras que habían

perdido los ojos de Rosa, aparecieron entonces como retoños en el tronco que se pensó marchito para siempre.—

—Nada puedo decirte. Sólo veo que la vida y el medio me niegan la oportunidad de ser más feliz— dijo Fernando con voz jadeante, y levantando nuevamente la cabeza.—

—Pero yo no te hago más triste?-argulló Rosa, sin explicarse todavía lo que quería decir Fernando entre los vapores de su embriaguez.—

—No! Tú me haces alegre hasta cierto modo, pero en otro me haces más desgraciado, pués cada caricia tuya es un eslabón más de la cadena que me oprime.—

—Deja el sentimentalismo —le suplicaba ahora Rosa—oye la música, y tomemos poco a poco, para hacer durar la alegría que debemos vivir aqui juntos.—

Entonces Fernando quedó quedo y pensativo. Mas, cuando volvía a tomar lo hacía con un desmedido afán de emborracharse. Rosa le acompañaba siempre, pero cautelosa quería evitar perder los sentidos en el nuevo

drama cabaretista que representaba. Cuatro horas de orgía habían discurrido, después que se juntaron ella y Fernando, pero desvanecida ya la cabeza de él tocaba su frente en la mesa, y sus manos descansaban pesadamente hacia el suelo, sin recordar más lo que pensaba, sufría y hacía. Ella comprendió que Fernando se había embriagado, y entonces echándose un brazo de él sobre un hombro y asiéndolo por la cintura, con ayuda de un sirviente, lo llevó hasta su cama. Allí cuidó ella de él. Y había terminado ya una noche más de embrujadora y borrascosa fiesta en el Cabaret, cuando las campanas de la Iglesia Mayor tocaban el Ave María entre los albores del nuevo día.

—

El sol ya iluminaba plenamente el espacio. Era el medio día. Rosa junto a Fernando había pasado aquella media noche; pero cuando él se levantó y registraba sus bolsillos recordando el dinero que le quedaba, los encontró vacíos. Mas silenció, pués tuvo él más verguenza por haberse quedado allí, que coraje por lo ocurrido. Rosa comprendió que Fernando se había dado cuenta de la pérdida de su dinero, y le miraba acostada con los ojos entreabiertos, por que se fingía dormida, y era cómplice con la misma «Básiga» de aquel hurto. Fernando comtempló un mo-

mento a Rosa, a quien perdonaba después, por la inocencia que parecen reflejar en el sueño los que duermen. Luego salía por un portillo a la calle. Regresaba al hotel a pié, mientras en el camino de retorno a su habitación, sus pupilas pudieron contemplar la humanidad doliente que circundaba aquel lugar de prostitución, de vicio y bancarrota en que se encontraba el Cabaret, como una panacea satánica sumiendo las vidas en la corrupción social.

Pero muchos días habían pasado, después de aquella última noche de cabaret de Fernando, la que traía siempre a su abatida imaginación los agridulces recuerdos de Rosa, mezclados con las voluptuosas y maleantes escenas vividas allí, y con el dolor de haber sido víctima del robo de todo el dinero que tenía en sus bolsillos esa misma noche; habiendo quedado desde entonces, más triste en una ciudad extraña y deprimida como él, económicamente. Los momentos que vivía ahora Fernando, eran más inquietantes. No advertían sus pensamientos una sóla esperanza para fugarse al infortunio que sufría. Caminaba dentro de su cuarto en el hotel, al rededor de su mesa de estudio, donde se encontraban todos los libros que había necesitado pa-

ra hacerse Bachiller, y la miraba muchas veces, como abstraído por la naufragante carabela de sus sueños, en medio de su tormenta de dolores. Mas, cuando una sirvienta del hotel, le llamó y le entregó luego dos cartas, sus ojos se iluminaron de una intensa y fruitiva emoción. Después se sentaba él pausadamente, y abriendo la primera carta, que era de su madre leyó: «Mi Querido hijo Fernando: He contado seis semanas sin tener noticias tuyas. Tu silencio y actitud me tienen muy inquieta. Deseo saber muy pronto de tí, para estar tranquila. No olvides tus deberes filiales ante tu madre que te bendice, Margarita». Pero cuando Fernando terminó de leer esa carta, quedaba con un pensamiento muy doloroso, pués no quería decirle a su madre que él había perdido el empleo del Banco. Tenía verguenza de comunicarle su derrota—se inquietaría más —pensó. La verdad de lo que le ocurría no podía decírsela, pués mataría tambien en el corazón de su madre toda esperanza de bien y felicidad. Fernando quiso entonces dejar sin contestar aquel dulce reclamo maternal hasta cuando pudiera resolver su situación. Después con enigmática mirada observaba la extraña letra de la segunda carta, la que con curiosidad comenzó a leer en el sobre con

su nombre y dirección, y luego abriéndolo leía: «Mi inolvidable Fernando: Perdona el permiso que me he tomado de escribirte, lo que hago por la dirección tuya que encontré en una tarjeta que me regalaste, y por el deseo que siempre tengo de verte. Perdóname además, por lo que te ocurriera la última noche que pasastes junto conmigo, pués mi voluntad no intervino en ello. Te aviso que el cabaret ahora ha sido trasladado aquí, a Ciudad Trujillo, adonde «La Básiga» busca mejores perspectivas de negocio. Recibes mis excusas y mis cariñosos recuerdos. Rosa Luciano.» Pero cuando Fernando terminó de leer la carta de Rosa, sintió un asqueante desprecio por ella, y la estrujó luego entre sus manos, recordando amargamente aquel pasado.

Después Fernando, quedaba en profundas meditaciones, frente a la ventana de su habitacin, desde donde contemplaba, todavía sentado, los últimos colores y fulgores de la tarde que se diluían en la aucha copa del firmamento. Iba quedándose a obscuras y sumido cada vez más en un silencio más triste; pero ahí le repercutían en su cerebro, con ecos de optimismo, aquellas frases de la carta de Rosa: «en busca de mejores perspectivas», y su corazón allí, como tocado mis-

teriosamente por la tentación de aventurar, y habiendo determinado no escribir a su madre hasta cuando no dejara resuelta su situación, quiso entonces partir tambien para Ciudad Trujillo, meca de mejores oportunidades, hacia adonde emigran de todas las clases sociales y de todos los rincones de la República, y hasta del exterior, gente y gentuza que vivieron infortunadas en el solar nativo, o en otros medios menos fecundos para las actividades humanas, ávidas siempre de satisfacer sus necesidades, ambiciones y vanidades.

Así, firmemente, lo había resuelto Fernando. Marcharía para Ciudad Trujillo, Capital de la República, en busca de la oportunidad de trabajo que le negaba el medio en que vivía. Y parándose más animado de su asiento, encendía la luz de su habitación, la que iluminándose presentaba entonces para él: un ambiente, de cosas y pensamientos, menos brumoso.

Pero Fernando tardó una semana para poder preparar su viaje. Había vendido todos sus libros, y con la ayuda de su buen amigo, Don Diego Almonte, quien le protegía durante sus días de infortunio en el hotel, pudo conseguir el dinero para su pasaje y hacer mejor su equipaje. Y una mañana a

las 7 a. m., los dos amigos se despedían al tomar Fernando el asiento preferente de un automóvil de la «Línea Duarte» para hacer su viaje de peregrinación aventurera hacia Ciudad Trujillo.

—Adios, Don Diego!—le decía ahora Fernando, despidiéndose del buen viejo, caballeroso y noble, a quien le extendía por entre una ventanilla del carro una mano—le doy las gracias por sus generosos servicios.—

—Adios! Nada tenías que decirme—le contestaba Don Diego, estrechando en su diestra la diestra de Fernando—sólo deseo que triunfes, y para ello debes luchar, sin temerle nunca a la figura bufónica del fracaso.—

Aquellas palabras de Don Diego, quien pertenecía a un pasado y a una estirpe viriles, de integridad y dignidad, emocionaron hondamente el alma de Fernando. Luego partía en el automóvil para dejar la ciudad de Santiago de los Caballeros. Sus labios sonrieron después, pero en sus ojos hubieron languideces de tristezas por el pueblo que abandonaba, y que había amado por haber soñado y sufrido bajo su cielo. Mientras Don Diego quedaba contristamente

pensativo, pués comprendía que si ayer la juventud dominicana, dió sus vitales alientos y su sangre de generaciones varoniles a las revoluciones fratricidas, encauzadas por las demagogias de los politícos que aspiraban a ganar el poder público para especularlo, hoy tambien infructuosamente, —pensaba— la juventud daba sus energías y esperanzas en luchas sin redenciones sociales, o caía en el vicio desorientada, desalentada y vencida, moralmente.

Fernando ahora, después de cinco años de vida urbana, volvía a contemplar en su viaje la exuberante vegetación agreste. A su paso por la carretera central de la República, sintió entonces como un sueño de alegría y paz, el recuerdo de su aldea natal: Baitoa, la que era laboriosa y sencilla, hermosa y feliz en su tanquilidad solariega. Despnés el carro en que viajaba Fernando, pasaba por entre las fértiles, cultivadas y productivas campiñas de la ciudad de Moca. Mas, cuando llegaba a ese centro urbano volvía a oir, ahora sobre un Viaducto, la máquina ferroviaria, cuyos estentóreos ruidos seguían siendo una lamentación por la ruina de su prosperidad, como empresa de transportes. Atravesaba luego la histórica ciudad. El tráfico de automóviles, así como de camiones cargados de comestibles

y otros materiales de uso y consumo, era incesante. Se oían ahora como el patinar de los neumáticos de los carros en las curvas de la carretera, los chirriantes sonidos de las sierras cortando maderas en los aserraderos enclavados en el mismo corazón de la montaña, y a veces en la paz de los llanos. El camino comenzaba aromarse después, y era que el automóvil llegaba ahora al hermoso Valle de la Vega Real. Allá sobre una cumbre de la montaña, el legendario templo de Las Mercedes se miraba como una arcáica roca tallada; y más adelante «El Camú», cual un himno de la creación, cantaba en sus aguas a la cuidad ilustre y vetusta de la La Vega, cuna y pedestal de Godoy, y apostolado de Fantino. Mas, después de haber pasado por aquella población, de alma y tradiciones tan levantadas como las montañas que se miran más allá de su prolífico y pintoresco valle, volvía a oirse el rumor del torrente al pasar sobre el puente colgante del río «Yuna». Ahora la ubérrima región de Bonao, como su pueblo, ofrecían sus escenas de laboriosidad y costumbres típicas al viajero. Y luego al pasar de la escarpada «Cumbre», donde todos los viajeros murmuran una oración o se descubren ante la sagrada Imagen de Nuestra Señora de la Altagracia, que está allí en artística obra en mosaicos, los panoramas que

se suceden son el de los dilatados pastos donde se crían grandes ganados vacunos. Los atrayentes poblados de Villa Altagracia y Los Alcarrizos, ofrecieron las últimas impresiones en el camino de éxodo de Fernando, quien llegaba 3 horas después a Ciudad Trujillo, Capital de la República, y eje formidable donde giran las actividades políticas, industriales y comerciales del país.

Fernando se desmontaba ahora del automóvil, para hospedarse en una modesta Casa de Huéspedes, situada en las inmediaciones de Santa Bárbara. Allí almorzó frugalmente, y salió después a caminar por la ciudad. Le maravillaba entonces la suntuosa y moderna vida capitaleña. Los mármoles y bronces históricos y artísticos de los monumentos, así como las ruinas y edificios coloniales, le hablaban con el lenguaje de la intuición, de la grandeza y civilización del pasado. Mas, cuando observaba él, en el centro y en las afueras de la ciudad las construcciones modernas, apreciaba entonces la pujanza progresiva del presente. Pero después atraído por el rumor impetuoso del Mar Caribe, llegaba al Malecón Placer de los Estudios, y desde allí admiró, en éxtasis contemplativo, la belleza del panorama marino, y las construcciones del moderno Puerto, las que presentaban armónicamen-

te en aquel ambiente de la naturaleza, las creaciones de Dios y el hombre; mientras surcando serenamente las aguas marinas, llegaban a los muelles de la ciudad, de allende el mar, buques, goletas y veleros. Después volvía Fernando a la habitacion que ya ocupaba en la Casa de Huéspedes, bajo un cielo intensamente azul, majestuoso y claro.

Y al día siguiente, con las instrucciones que recibiera del dueño de la hostería, Fernando se dirijió al Departamento de Obras Públicas para solicitarle trabajo al Ingeniero Director. Se hizo anunciar. Minutos después era recibido por el funcionario. El Director tenía sobre su escritorio grandes pliegos azules desenvueltos. Estaba estudiando unos planos, pero quiso oir al joven que ya se encotraba frente a él.

—¿Qué desea Vd.? —le preguntaba ahora amablemente el Director, quien moviéndose hacia atrás en el sillón donde se encontraba sentado, dejó ver entonces su rostro, el que era inteligente y noble en las líneas y sonrisa que mostraba.—

—Trabajar! —contestó secamente Fernando.—

—¿Pero qué sabe Vd. hacer? —volvía a preguntarle el Director.—

— Puede Vd. utilizarme en el trabajo que juzgue más conveniente, pués soy un Bachiller.—

—Lo siento, pero ahora mismo sólo necesitamos un Delineante competente para que haga algunas rectificaciones en estos planos que estoy estudiando, de acuerdo con los croquis y nuevos cálculos que estoy haciendo, pués queremos realizar la obra de un edificio para el Gobierno, lo más económicamente posible—y mostrándole a Fernando los planos, le decía después—supongo que no sabrá Ud. hacer éste trabajo técnico.—

—No!—dijo friamente Fernando.—

— Entonces debo decirle que el lunes próximo sólo tendremos trabajo para obreros, pués necesitamos hacer cuanto antes la construcción de este edificio—agregó el funcionario.—

El Director volvía a ver los planos, y olvidado de la presencia de Fernando allí, seguía estudiando y haciendo cálculos. Mas, Fernando se marchaba luego, tambien indiferente y abstraído por sus preocupaciones.—

Era ya el domingo de la primera semana que pasaba Fernando en Ciudad Trujillo, y aún él no contaba con ninguna esperanza de trabajo. Sin embargo, Fernando tenía presente la noticia del Ingeniero Director de Obras Públicas, quien le había dicho: que el próximo lunes tendría trabajo para obreros. Y cuando llegó ese día, Fernando se levantaba muy temprano decidido a presentarse nuevamente a la Oficina de aquel Director para solicitarle cualquier trabajo, apremiado ya por la necesidad. Su decisión era firme, y marchó. Cuando llegaba ahora a la puerta de entrada de la oficina del Director, encontraba allí una gran cantidad de hombres vestidos en todos los tonos, con rostros musculosos y ceñudos. Eran obreros y jornaleros de todas las edades que iban a solicitar trabajo en la nueva obra. Sin embargo, la presencia y adolescencia de Fernando se destacaban como algo excepcionalmente raro en aquel ambiente. Mas, cuando el Director llegaba a la entrada de su oficina, todos se alineaban para darle paso. Pero deteniéndose un momento entre aquella gente de trabajo, habló de la obra que iba a comenzarse ese día, y del número de hombres que necesitaba.

—Tengo para Vds. la construcción de un nuevo edificio, y necesito cien trabajadores para hacer moldes, movilizar materiales y

echar el concreto de las bases y cuerpo del edificio- dijo el Director.-

—¡Yo quiero ser uno! -repuso inmediatamente Fernando, con voz nerviosa y solícita.—

Todas las miradas de los presentes, se dirijieron entonces hacia Fernando. El Director se había quedado mirándole fijamente. Pero no podía comprender aquella atención que su misma actitud había causado. Hubo un prolongado silencio, y después el Director volvía a hablar.

—Tome Vd. el nombre de los cien hombres que necesito, con sus números de Cédulas de Identidad Personal, y luego pase a mi oficina—le dijo entonces a Fernando el funcionario, entregándole un lápiz y una libreta que sacó de un maletín.—

Momentos después, Fernando cumplía cabalmente aquella orden del Director, y entraba a su oficina para entregarle la nota que le había indicado.

—Ahora— le decía el funcionario—diríjase con esos hombres al muelle, adonde se encuentra el personal técnico, que hará allí un nuevo edificio para la Aduana, y Vd. controlará en esa obra a esos mismos traba-

jadores que acaba de anotar, y las demás instrucciones para el trabajo que le he asignado a Vd. dentro de esa misma obra, se las entrego por escrito, y son esas—díjole el Ingeniero Director, mirándole atentamente, y entregándole un pliego escrito.—

Había pasado ya más de un mes de incesante y laborioso trabajo para Fernando. Ganaba un buen jornal como «listero» de la obra. Pero el sol, los polvos de cemento y de cal, y la turba trabajadora de aquella construcción, habían hecho cambiar mucho la lozanía y placidez del rostro de Fernando, y hasta su carácter; pués se había vuelto rudo en su disciplinaria y recta labor de trabajo. Mas, luchaba dignamente. Y fué entonces cuando seguro de su posición y, esperanzado en otra mejor, le escribió a su madre así: «Mi Querida Madre Margarita: Cuando tal vez me creías olvidado de tí y mis deberes filiales, hoy te escribo. Vivo ahora en Ciudad Trujillo. Circunstancias me trajeron hasta aquí. Cuando me escribiste el mes antepasado a Santiago de los Caballeros, había perdido el empleo del Banco. No quise decírtelo. Hoy las necesidades de vivir y luchar me han hecho tomar un camino contrario a mis aspiraciones y las tuyas. Confórmate y perdóname. Hice todos los

esfuerzos y sacrificios, y tuve como tú, todas las esperanzas de merecer un destino mejor en la sociedad en que vivía y luchaba. Pero culpa sólo ha sido del medio y de los que debieron encauzar, con experiencia adulta y sabia, mi juventud. Recuerdos y besos. Fernando».

Y la misma noche que Fernando escribió esa carta a su madre, salió de la habitación de la hostería donde se hospedaba, para ponerla en el buzón más próximo que se encontraba en una de las calles inmediatas. Mas, cuando regresaba para acostarse a dormir, esa misma noche, se encontró con un compañero de trabajo. Era Mariano Lajara, quien después de saludarlo, le invitaba a dar un paseo por el popular barrio del Ensanche «Las Arras». Fernando quiso esquivar aquella invitación, pero su amistad y cariño hacia Mariano, lo llevaron hasta allí con aquel amigo. El barrio «Las Arras» se encontraba en su eterna y borrascosa fiesta nocturna. Sobre los techos iluminados de los cabarets, sobre las viviendas, los follajes y las calles caía una penumbra que la escasa luz del alumbrado público no vencía, como si entre un cielo tenebrosamente obscuro y aquel apartado lugar de Ciudad Trujillo, tuviera detenido el bien de la luz civilizadora por un genio

corruptor del mal. Mariano que dirijía a Fernando allí, entraba ahora con él a un Kiosco, donde vendían en su apartamento principal dulces y refrescos. Después pasaban por un portillo, y llegaban al interior de una enramada anexa al minúsculo establecimiento, donde había una taberna de juego. Fernando que había seguido siempre con extraños gestos a su amigo Mariano, veía ahora más sorprendido los rostos, actos y cosas que habían allí, los que aún teniendo novedad para atraerle, sin embargo, por ambiente y temperamento no podían dominarle. Pero se detenía un momento a contemplar aquellas escenas del vicio. Mientras Mariano hablaba con un amigo, tramando hacer del mismo Fernando un «tercio» para ganarle el dinero que había cobrado ese mismo sábado de una quincena de trabajo.

—Bola! Bolaaa! — decía en alta voz un corpulento negro, con ojos saltones, nariz arremangada y boca descomunalmente grande, que meneaba entre sus manos un «cambumbo» de cuero que contenía las bolas del juego de lotería, frente a una larga mesa rodeada por hombres, adolescentes y hasta niños que se encontraban delante de las tablillas numeradas, donde iban apuntando con granos de maíz, atraídos por el vicio e ilusio-

nados por la suerte, los números de las bolas que cantaba el negro tahur, quien representaba la casa de taberna.—

—«Paro Pinto» –dijo un hombre que se encontraba en otra mesa más cercana, pero que tenía oculto su rostro debajo de las anchas alas de un sombrero de cana.—

—«Topo-tó»—contestó otro de la misma mesa, con rostro alargado y cadavérico, pero sin levantar la vista del siniestro tapete verde, donde rodaron después los pérfidos y fascinadores dados, y sobre el cual había dinero, y algunas pilas de fichas, que representaban las monedas corrientes de la taberna.—

—«Resto»— pronunció otro de los jugadores con voz grave y con la mirada agresiva frente a uno de sus contrincantes, en otra mesa donde se jugaba barajas. En esta parada —agregó— pierdo todo el dinero del semanal de comida de mi familia, o gano más de lo que me falta para completarlo. Pero después al terminarse aquella partida, se levantaba el mismo sujeto profiriendo palabras maldicientes. Había perdido. Mientras los demás quedaban indiferentes, y ambicionando siempre, recíprocamente, ganarse el uno al

otro todo el dinero, sin importarle el dolor ni la necesidad agena.—

Fernando miró compasivamente aquel jugador en bancarrota que marchaba de la taberna iracundo, estrujando su sombrero de fieltro entre sus manos, pués después de haber ganado el sustento para su familia lo perdía, y la condenaba a la ruina y al hambre. Mas, después, súbitamente, su atención se dirijió a uno de los sitios donde se jugaba, cuando ayó una discusión.

—¡Yo no pago!— le decía ahora un sujeto al hombre que lucía el ancho sombrero de cana, —pués Vd. me viene ganando con «dados cargados». La casa me responde! —gritó—, y cuando habló así señalaba sobre el tapete un dado blanco y un pedacito de plomo.—

—¡No responde nadie, ni yo mismo de lo que Vd. ha perdido!— decía el tahur del ancho sombrero de cana, el que quitándoselo luego de manera desafiadora, dejaba ver entonces su rostro, donde aparecían líneas de perfidia y de criminalidad— esos dados se los gané anoche a un compañero que nada tenía ya que jugar conmigo— dijo sofismáticamente aquel peligroso jugador, después de haber

hecho «rebú» de todo el dinero y fichas que habían sobre aquella mesa de garito.

Todos los jugadores presentes quedaban convencidos de que se trataba de un engaño. «El Garitero» intervenía ya para evitar la discusión que se había producido, pero hubo un incidente. El hombre del sombrero de cana le había dado un bofetón al mismo sujeto que había engañado, haciéndolo una víctima más de sus pérfidos instintos y arrebatos. El sujeto golpeado había caído al suelo aturdido por el rudo golpe de su victimario, mientras éste partía de la taberna con gesto de guapetón. Fernando entonces aprovechaba el silencio que se produjo después, y se acercaba a Mariano para decirle que quería marchar de allí.

— Debemos irnos de aquí — dijo Fernando en tono de disgusto.—

— Deseo que te quedes un momento más, pués todo estará tranquilo ahora, y podemos aquí divertirnos con un amigo más, jugando cartas y apostando poco dinero — sugirió sagazmente Mariano, tratando de inducir a jugar a Fernando.—

— No me atraen las diversiones vulgares y peligrosas de taberna, donde veo que el

hombre no es humanamente hombre— contestó Fernando, reaciamente.—

Mariano Lajara hizo entonces, forzosamente, un silencio. Pués las palabras de Fernando le parecieron estar dirijidas a él, y a sus planes. Sobre las mesas de juego de la taberna, se miraban nuevamente inclinados los fanáticos, los que se iban haciendo víctimas asimismos, en la ambición perturbadora de hacer ganancias. Mientras muchos hogares sufren reflejamente en las pérdidas, los desequilibrios que causan esas pasiones de taberna, las que despeñan por los abismos de la ruina y el deshonor, en la sociedad, a muchos hombres.

—Vámonos!— volvía a exigir resueltamente Fernando.—

—¿Entonces nos iremos a un cabaret a tomar una cerveza? —preguntaba Mariano, aceptando la resolución de Fernando, y queriendo hacer disipar los malos efectos que su primera invitación había causado, visiblemente, en el ánimo de su amigo—.

—Si!—

Fernando y Mariano llegaban después

a un cabaret donde bailaban a puertas abiertas, con una «Bellonera», muchas parejas. La música y el macabro aparato especulativo eran exóticos. Un son cubano alegraba ahora el cabaret. Los cuerpos al compás de aquella música se estrujaban como manos contra manos para darse entonces el calor de la emoción y la pasión sensuales. Fernando recordaba allí sus noches con Rosa Luciano. Ahora la recordaba sin rencor, y pensaba en la carta que ella misma le había escrito a Santiago, diciéndole que se encontraba viviendo en ese mismo barrio del Ensanche «Las Arras». Fernando consultó luego a Mariano sobre el lugar donde existía un nuevo cabaret, y éste le informó. Y los dos amigos entonces marcharon más juntos y alegres hacia el sitio donde Fernando esperaba ver a Rosa Luciano. Ella parecía no encontrarse allí. No quiso preguntarle a «La Básiga», a quien había visto en la puerta sentada, por que sentía un odio pertinaz hacia la patrona de aquel cabaret. Después se sentaban los dos amigos en el salón principal de aquel prostíbulo. Pidieron luego cerveza y música, y al poner Fernando sobre la mesa un billete, todo se sucedía dentro de la mayor complacencia. Ahora otra «Bellonera» tocaba música exótica. Y momentos después de encontrarse allí Fernando, Rosa pasaba con dos botellas de

cerveza en las manos, y se dirijía desde la cantina que estaba en el interior, hacía su habitación adonde tenía ella fiesta íntima.

—¡Hola, Rosa!— la saludaba Fernando saliéndole al encuentro, y sosteniéndola luego por los hombros con las manos.—

—¡Oh, Fernando!—¡Qué sorpresa!— dijo Rosa, sonriendo.—

—¡Muy agradable para mí, por cierto, para mí que no tengo con quien alegrarme aquí!—repuso Fernando, alegremente.—

Rosa después, inteligentemente, le hablaba de sus inquietudes de cariño hacia él, y uno al otro conversándose, abstraídos, se habían quedado por un largo rato, pero se oyó en el salón la autoritaria voz fatídica de «La Básiga».—

—¡Esa cerveza se calienta, no haga caso más que a lo que interesa al negocio!— blasfemó «La Básiga».

Fernando que había vuelto la cara hacia atrás, cuando oyó hablar a la «La Básiga», quedó con la protesta en los labios, y cuando

quiso volver a ver y hablar a Rosa, ya ésta se había marchado. Mas, volvía a sentarse y tomaba después ávidamente un sorbo de cerveza. Mariano comprendió, sin embargo, que Fernando se había mortificado por las palabras expresadas por «La Básiga», cuando hablaba con Rosa, y queriendo intimarle a que olvidara cualquier agravio, le alentaba.

—No haga caso a nada aquí. Esas patronas de cabaret son siempre vulgares. Dondequiera que actúa ese tipo es grotesco y deprimente. Finge siquiera indiferencia hacia ella, pués la canalla lleva las palmas en estos sitios — dijo Mariano.—

—Pués yo nunca las querré llevar de manera indigna— contestó Fernando, volviendo su cara hacia atrás para mirar a «La Básiga», quien cruzando miradas con él, incendiaba entonces de más odio su corazón.—

Fernando entonces comenzó a pedir bebidas, y a tomar desmedidamente. Y una hora después sintiéndose embriagado y sin Rosa, quiso buscarla, cuando Mariano llamaba una mujer a la mesa para que le acompañara, la cual cuando se acercaba a ellos, tenía en su caminar movimientos de cola de alacrán. To-

maban después los tres. Fernando sabía después por la compañera de su amigo, la habitación donde se encontraba Rosa en fiesta íntima con uno de sus amigos. Por un momento Fernando cerró los ojos como si le hubiera torturado algo, terriblemente. Luego se paraba de su asiento. Y Mariano comprendiendo, tal vez su intención, intentaba detenerlo por un brazo, pero violentamente se separaba de él, y salía del salón para el interior del cabaret.

— Está borracho— murmuró Mariano después, mirando que extraviaba los pasos de sus piés Fernando, cuando iba caminando.—

Una risa sonoramente alegre de Rosa, daba ahora a Fernando un aguijonazo de celo y una mejor orientación para encontrarla. Se detuvo un momento frente a la puerta de la habitación, desde donde había oido aquella risa. Escuchaba después que hablaban dentro, ahogadamente. Sonaron luego, trás discretos besos el chorro de caída de las bebidas en los vasos. Fernando no pudo resistir más allí, y tocó. Hubo entonces un silencio. Volvía a tocar más fuertemente en la puerta, y después Rosa la abría, cautelosa.

—¡Ven Rosa, conmigo!—le dijo Fernando extendiéndole sus brazos, pasionalmente, al verla asomar su cara por entre el despego de la puerta.—

— No puedo—le contestó ella, fríamente, tratando de cerrar la puerta seguido. —

Pero Fernando entonces, trémulo de amor y de celos, empujaba después la puerta que trataba de cerrar Rosa, la que habiendo quedado abierta dejó ver en el fondo de la habitación de ella, el compañero que fumaba frente a una mesa llena de botellas de bebidas.

—Ven !— volvía a decirle Fernando a Rosa, entrando a su habitación, y tratando de perseguirla.

—¡No lo permito yo! —dijo entonces el hombre que acompañaba a Rosa, parándose de su asiento con ademán de coraje desafiador, y arrojando al suelo un tabaco que fumaba.—

Fernando que era un mozalbete para aquel hombre que acababa de interponerse a su propósito con Rosa, sin embargo, le miró con actitud tan resuelta, que sólo pasaron instantes para que ambos comenzaran una riña a trompadas. El desorden estaba en pié.

Rosa gritó entonces. En un momento los dos cuerpos que luchaban rozaron con la mesa, y cayeron algunas botellas y vasos sobre ella, y en el suelo, rompiéndose. «La Básiga» que había oído el grito de Rosa, corrió precipitádamente a su habitación. Y viendo aquellos dos hombres que luchaban, ordenó a un sirviente que había llegado detrás de ella con mas gente del cabaret, que fuera a buscar la Patrulla de la Policía que rondaba en ese momento por ese lugar.

Rosa asustada, se había llevado sus manos a la cabeza, y le pedía a Fernando que terminara su lucha con el amigo de ella. Pero el desconocido, que había sido su compañero, y que peleaba con Fernando, descargaba terribles golpes sobre él. Fernando luchaba con desigualdad de fuerza, pero no de ánimo. Hubo un momento en que sus piernas tambalearon al quedar sin aliento, y todo su cuerpo se inclinó hacia atrás para caer al suelo, cuando su adversario le dió una cabezada en el pecho. «La Básiga» que ya había entrado a la habitación donde luchaban aquellos dos hombres, intervenía ahora lanzándose contra Fernando, y agarrándolo por la camisa para detenerle en su incesante acometidad. Pero el hombre desconocido aprovechaba la oportunidad en que Fernando

permanecía sostenido por «La Básiga», y tomaba entonces en las manos una silla para derribarlo de un sólo golpe al suelo. Mientras Fernando tratando de defenderse con algo, dió violentamente un salto, y cayendo cerca de la mesa, tomaba de ésta el casco roto de una botella de cerveza, habiendo dejado entre las manos de «La Básiga», las tiras de la camisa por donde le tenía ella sujeto. El hombre desconocido que luchaba contra Fernando, al verle libre, le lanzó entonces la silla, dando ésta contra el espejo de un mueble de coqueta, cuando Fernando se agachó para evitar el golpe. Pero «La Básiga» volvía a lanzarse contra Fernando gritando: ¡Canalla! ¡Canalla! Y fué entonces cuando él, con el coraje de su odio, al volver «La Básiga» a atacarle, le dió tan mortal y terrible golpe en la misma sien, con el casco roto de la botella, de filos puntiagudos, que había tomado de la mesa, que «La Básiga» se desplomó al suelo, muerta.!

El hombre desconocido que había pensado participar de una fiesta íntima con Rosa, y que luego peleaba con Fernando, con gran agresividad y fuerza, ahora huía de aquel sitio trágico. Mariano, el amigo que había invitado a Fernando, esa misma noche para que le acompañara a dar un paseo por aquel lugar

de corrupción del Ensanche «Las Arras», tambien había emprendido la fuga de los irresponsables, que hasta tienen miedo de ser testigo. Rosa, la que más de una vez, había entusiasmado a Fernando hablándole de su cariño hacia él, ahora le miraba con ojos atónitos y acusadores. Y mientras había muerte, gritos, miedo y confusión en todo el cabaret, Fernando permanecía sereno, contemplando desde un rincón del mismo cuarto el cuerpo inmóvil y deforme de «La Básiga», cetáceo social que había caído muerto en el mar borrascoso de la prostitución, en una noche de libertinaje, bajo el rayo vengador de su cólera. «La Básiga», tenía como cuando vivía, un rostro hosco. Sus brazos habían quedados abiertos como en actitud de súplica de perdón al cielo por sus pecados; mientras de su herida emanaba un chorro de sangre que corría por el piso hacia afuera de la habitación, como una serpiente roja de tragedia.

Momentos después, llegaba a la puerta del cabaret una Guagua del Servicio Nocturno de la Policía Nacional. Un altivo oficial se desmontaba del vehículo, y tras él algunos agentes de la policía. Luego llegaba al lugar de la tragedia. Ordenaba después la prisión de Fernando Gomenoso, como autor. Interrogaba y apuntaba a los presentes como

testigos, y luego antes de que llegaran las autoridades judiciales para ordenar levantar el cadáver de «La Básiga», señalando a Fernando, dijo: ¡Conduzcan a ese joven preso al cuartel.!

Fernando entonces marchó custodiado por dos agentes de la Policía Nacional, y aunque llevaba la camisa desgarrada y el rostro congestionado por los golpes recibidos en su lucha, ¡jamás su gesto había tenido más dignidad y serenidad ante el adverso destino de su vida, esa concurrencia de causas que en los medios viciados de corrupción, ejercen con más fuerza y frecuencia sobre el hombre los efectos trágicos, como consecuencia de los males sociales!

CAPITULO VI
COINCIDENCIA FATAL

crímen de Fernando Gomenoso, perpetrado una noche, en uno de los cabarets del barrio del Ensanche «Las Arras», de Ciudad Trujillo, en la persona de «La Básiga», patrona de mujeres de vida licenciosa, cuyo nombre lo había adquirido por servir ella de basamento a todos los actos de lascivia y de corrupción social, que se practicaban en su cabaret, después de las investigaciones policiales y de las reseñas publicadas por los reporteros de los grandes diarios capitaleños, con las fotografías de ella y de Fernando, daba a conocer ahora el verdadero nombre de «La Básiga», que era el de Leona Culebrejo.

Cuando la madre de Fernando, Margarita Gomenoso, quedó enterada, con toda la familia, de la tragedia que había envuelto la vida de su hijo, cayó desfallecida en la sala de su casa, y fué necesario para salvarla de un colapso cardiaco, la atención de un médico.

Los ideales, las luchas, las esperanzas y

la fé, habían dejado de alentar las vidas de aquella madre lejana que vivía en Baitoa, y la de aquel hijo preso, encerrado en una de las celdas de la histórica Torre del Homenaje de la Fortaleza Ozama, en Ciudad Trujillo.

Tres meses habían pasado de agitación dolorosa para Margarita: la madre, y Fernando: el hijo. Sin embargo, ya la causa estaba fijada para conocer de aquel crímen de Fernando Gomenoso, que había causado gran sensación pública.

Y una mañana luminosa de verano, cuando el reloj de la sala de audiencias del Tribunal Penal, anunciaba las 10, el Juez del Tribunal tomaba asiento para interrogar los testigos y rendir juicio sobre el crímen de Fernando. El Juez que había llegado seguido de su Secretario, se sentaba, con toga y birrete, parsimoniosamente. Su rostro claro y ceñudo, revelaba austeridad y severidad. El Procurador Fiscal llegaba también a estrado, y tomaba asiento. Era muy joven el representante del Ministerio Público, pero se advertían en las líneas de su rostro un temperamento severamente recto. Ponía luego sobre la mesa unos volúmenes, los que comenzaba a revolver en sus páginas y a leer.

El Abogado de Oficio, que tenía la Defensa de Fernando Gomenoso a su cargo, llegaba allí para pedir clemencia para aquel joven reo, que permanecía en el banquillo de los acusados, y que tenía su rostro entre las manos, como no atreviéndose a levantarlo temiendo al Cristo o al Juez. Un miembro del Ejército Nacional, custodiaba ahora a Fernando. La sala de audiencias comenzaba luego a llenarse de gente, y bullían allí muchos comentarios discretamente silenciosos al rededor de la tragedia. El Juez levantó después la mano para dar sobre el timbre, y sonó el campanazo de rigor para abrir la audiencia. Fernando que había permanecido silencioso y tranquilo, ahora levantaba su cabeza. Mientras un Alguacil comenzaba a llamar a los testigos para declarar ante el Juez.

La labor judicial de la instrucción sumaria del proceso, había sido laboriosamente intensa y copiosa. Pero los testigos que habían comenzado a declarar ante el Juez, perplejos unos, mentirosos otros, dudosos algunos y faltos de responsabilidad casi todos, producían incidentes y contradicciones que pugnaban, muchas veces, contra la verdad de los hechos, los que el Procurador Fiscal se interesaba en conocer bien para su dictamen, que debía ser augusto para la Justicia, y salvador

para la sociedad, que necesitaba de los precedentes enérgicos para las restricciones del delito.

El Procurador Fiscal, cuando hacía interrogatorios, se interesaba porque los testigos esclarecieran mejor en sus declaraciones los hechos que quedaban vagos y dudosos, por rehuir responsabilidades, en el proceso contra Fernando Gomenoso, sobre quien sólo se sabía que había matado a Leona Culebrejo, «La Básiga». Las mismas teorías de la jurisprudencia moderna, eran inaplicables a un caso inexplicado por los mismos testigos que presenciaron los hechos. Hasta Rosa Luciano, la meretriz que había sido la verdadera testigo ocular en la tragedia del cabaret, amante anterior de Fernando, y compañera aquella misma noche de su crímen, de un hombre desconocido, cuyo nombre no revelaba, y a quien fingía ella desconocer en absoluto, que había peleado con Fernando y que huyó después, no esclarecía en colaboración con la verdad y culto a la Justicia, los hechos que precedieron a la muerte de «La Básiga», lo que iba haciendo aparecer a Fernando, en el transcurso de las declaraciones, como a un criminal vulgar, corrompido en los vicios mundanales y peligroso en sus pasiones.

Fernando después de haber protestado de todas las declaraciones de los testigos, en los turnos correspondientes, era ahora llamado a declarar por el Juez. Había sensación, interés y curiosidad en toda la sala. Por un momento las miradas del Juez y de Fernando se encontraron y se detuvieron tambien fijamente, como si las almas de ambos se hubieran encontrado en los ojos. Hubo una breve pausa en Fernando, quien teniendo un alma más sensible, miraba al Juez como invocando en su mirada la piedad que no había encontrado en los testigos que lo acusaban, impíamente. El Juez, sereno e inmutable, después desviaba la mirada de la cara de Fernando, y le pedía enérgicamente la narración escueta de los hechos. Mas, la serenidad le acompañaba, y su integridad de hombre le hizo declarar entonces como reo, con detalles fehacientes, toda la verdad de la tragedia. Mientras dejaba traducir en su serena y sincera declaración que el destino parece que le había elegido, fatalmente, para librar a la sociedad de uno de esos monstruos de corrupción que estrangulan el honor y la moral públicas.

El Procurador Fiscal, como custodia de la sociedad, dictaminó entonces muy breve, más que por hechos esclarecidamente eviden-

ciados, por razones de orden moral y social, pidiendo una pena severamente máxima para Fernando Gomenoso, y negándole el recurso de las circunstancias atenuantes.

Pero el Abogado de Oficio, que tenía sólo el humano deber de defender a Fernando Gomenoso, contra su grave acusacion criminal, ahora en su defensa preguntaba: ¿Pero quién, si nó, un enemigo poderoso y fuerte, pudo ser quién le diera golpes al acusado, Fernando Gomenoso, antes de matar a Leona Culebrejo, «La Básiga»? ¿Quién también, si nó, la misma muerta, pudo haber desgarrado, según la declaración sincera y evidente del acusado, la camisa de mi defendido, que no fuera «La Básiga», mujer de temperamento fuerte y agresivo en todas las latitudes del negocio y del carácter? ¿Fernando Gomenoso, quién se sostenía peleando entre dos fuegos, no tenía entonces el coraje de hombre y el derecho a defenderse desesperadamente, por supremo mandato de su instinto de conservación personal? ¿Han declarado todo eso los testigos para justificar el crímen de Fernando Gomenoso? No! ¿Debe entonces la Justicia desamparar al delincuente, cuando la sociedad deja los abismos abiertos para la delincuencia? No! Esas son pués, las causas en que fundamento

la defensa de éste acusado, que fué al crímen por que encontró las puertas del crímen en un cabaret, abiertas de par en par, sólo para los crímenes contra el bien y la tranquilidad de la sociedad! Así habló finalmente el Abogado de la Defensa, pidiendo en sus conclusiones clemencia al Juez para Fernando Gomenoso, quien se había extraviado en los nebulosos caminos de la juventud dominicana!

El Juez, después de haber oido el dictamen Fiscal y la defensa del Abogado, cerraba con un timbrazo la audiencia para deliberar y fallar sobre el crímen de Fernando Gomenoso. El reloj de la sala del Tribunal, indiferente a los acontecimientos humanos, iba guillotinando las horas en su esfera, con los alfanjes de sus agujas. Mientras una mujer, la madre de Fernando, Margarita Gomenoso, había partido, desde muy temprano en la madrugada de ese mismo día, de la lejana aldea de Baitoa, para asistir a la causa de su hijo, la cual llegaba a su faceta final, en Ciudad Trujillo. Pero un desperfecto sufrido en la máquina del automóvil en que ella viajaba, había hecho retrasar su llegada.

Ahora volvía el Juez a estrado, seguido de su Secretario. Luego se sentaba, y con un timbrazo abría de nuevo la audiencia para

fallar. El Procurador Fiscal, el Abogado de la defensa de Fernando, y el público en general, estaban allí. El Secretario después, leía la sentencia, en que el Magistrado Juez fallaba condenando a Fernando Gomenoso a sufrir 10 años de prisión y las costas. Pero al terminarse la lectura de aquella sentencia que conmovió del más grande dolor de las desesperanzas el corazón de Fernando, hubo una agitación en toda la sala del Tribunal, cuando Margarita Gomenoso, la sufrida madre de aquel joven que acababan de condenar, desmontándose de su automóvil, lanzaba un grito de angustia en la puerta principal de la sala de audiencias. Luego entraba abriéndose paso entre la multitud para llegar hasta su hijo. Las miradas de los concurrentes se dirijían curiosas hacia ella, mientras por un momento, súbitamente, se detenía Margarita al mirar al Juez, quien sereno se paraba entonces de su asiento, tomando en sus manos el Código Penal y el expediente criminal de Fernando Gomenoso. Margarita que quiso como reconocer aquel hombre, de toga y birrete, le preguntaba ahora nerviosa a uno de los concurrentes:

—¿Cómo se llama el Juez?—

—¡Lic. Don Felipe Gastón!—contestó el concurrente.—

—¿Y ha sentenciado ya a Fernando Gomenoso?— volvía a preguntar Margarita, más nerviosa.—

—¡Sí, ahora mismo falló, condenándolo a 10 años de prisión!—

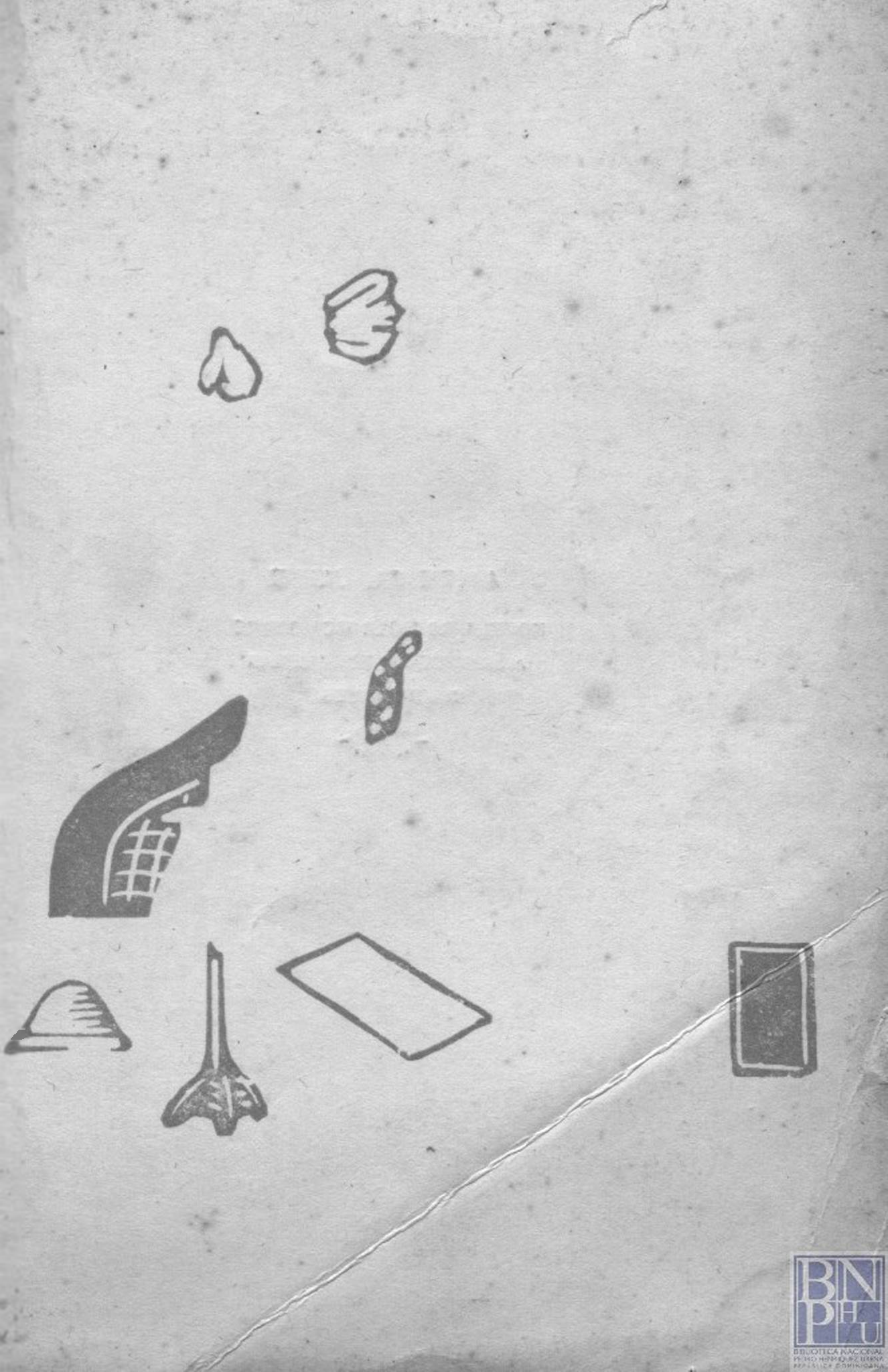
—¡Oh, Dios mío! Coincidencia fatal! -gritó Margarita precipitándose entonces para llegar ante el Juez, quien le miraba después con cara desencajada de asombro, reconociéndola, a pesar ya de su edad, mientras ella le señalaba diciéndole: ¡ACABAS DE CONDENAR A TU PROPIO HIJO!.—

Todos los presentes en la sala del Tribunal, quedaban conmovidamente absortos, ante la declaración de aquella mujer. Fernando que reconoció la voz de su madre, ahora al verla se abrazaba a ella llorando. El Juez, Felipe Gastón, quien había sustraído de su hogar a Margarita Gomenoso, siendo una señorita, y a quien había abandonado en Sosua seis meses después, en estado de gestación de embarazo, ahora en este brusco encuentro, perdiendo su serenidad habitual, y hasta su templanza de carácter, quedaba con los ojos atónitos, pálido y profundamete abatido en su conciencia. Mientras Margarita volvía a hablar, acusándole.

—¡Tú—decía Margarita, señalando ahora indignada al hijo, Fernando Gomenoso,—qué engendraste esta criatura, y despreocupaste para siempre sus necesidades de subsistencia y hasta de instrucción, ahora lo condenas cuando el destino te lo presenta un criminal, para más bochorno tuyo, por qué olvidaste qué vivía y necesitaba de tí como padre! ¡Y tal vez, en tus funciones de Juez, a sabiendas de tus faltas, sabe Dios a cuantos hombres por haber ofendido el pudor público, qué no respetaron un hogar burlando su moral, y a cuantos padres de hijos qué no dieron sustento, habrás condenado, habiendo tú cometido esas mismas faltas! ¡Yo te acuso cómo hombre, ante tí mismo como Juez, por haber faltado a tus deberes sociales!—

—¡Cálla! Cálla mujer!— decía entonces el Juez, Felipe Gastón, palideciendo más y hablando con voz ahogada. —Esas palabras tuyas, ahora en este lugar augusto y a esta edad mía, hablan por boca de mi propia conciencia!— terminó diciendo aquel Juez, y estrujando en una de sus manos que levantaba, el expediente del proceso de su hijo con Margarita Gomenoso, el que había acabado de condenar, y lanzando sobre la mesa el Código Penal, cayó después, sobre su sillón, ¡muerto repentinamente!.....

FIN



ANTE EL JUEZ

NOVELA SOCIOLOGICA SOBRE
AMBIENTES Y PROBLEMAS
NACIONALES